

LA PALABRA

del Señor

PERMANECE PARA SIEMPRE



OCTUBRE-DICIEMBRE
DEVOCIONES DIARIAS

Vol. 4, No. 4
del 1 de octubre al 30 de diciembre de 2026

Autores devocionales diarios:
julio: Rvdo. Omar Kinas
agosto: Rvdo. Abel García
septiembre: Rvdo. Samuel Pérez

2026 © Proyecto VDMA
Misión LCMS América Latina y el Caribe
Para contactarnos: VDMA@lcmsintl.org

Se concede permiso para hacer copias de estas devociones para su distribución a otros. Al hacer copias, el material de este libro no se puede cambiar ni vender.



Producido por Proyecto VDMA con el apoyo de **Fundación Patrimonio Luterano.**

www.LHFmissions.org

Los textos bíblicos que aparecen en este libro son de la Reina-Valera 1960. *Oración y devociones diarias para individuos o familias* fue adaptado de *Culto Cristiano* © Publicaciones “El Escudo” 1978. *Otras oraciones para los días de la semana* fueron adaptadas de *Libro de Oraciones* por Juan Federico Starck. David Haeuser, traductor. Misión del Sínodo Evangélico Luterano. Lima, Perú. 1995.



Oración y devociones diarias para individuos o familias

Líder: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Todos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Usar si orando en la mañana:

L: A Ti he clamado, ¡oh, Señor!

T: Y de mañana mi oración se presentará delante de Ti.

L: Sea llena mi boca de tu alabanza:

T: De tu gloria todo el día.

L: Señor, esconde tu rostro de mis pecados:

T: Y borra todas mis maldades.

L: Crea en mí, ¡oh, Dios!, un corazón limpio:

T: Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

L: No me eches de delante de Ti:

T: Y no quites de mí su Santo Espíritu.

L: Dígnate, Señor, en este día:

T: Preservarnos de pecado.

Usar si orando en la tarde:

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor Dios de nuestros padres!

T: Y digno de ser en gran manera alabado y glorificado para siempre.

L: Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

T: Le bendecimos y magnificamos para siempre.

L: Bendito eres Tú, ¡oh, Señor!, en la expansión de los cielos:

T: Y digno de ser alabado y glorificado y ensalzado para siempre.

L: El Todopoderoso y misericordioso Señor nos bendiga y preserve:

T: Amén.

L: Dígnate, Señor, en esta noche:

T: Preservarnos de pecado.

Para la mañana y la tarde

L: Señor, ten piedad de nosotros:

T: Ten piedad de nosotros.

L: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros:

T: A la manera que en Ti esperamos.

L: Escuchas, Señor, mi oración:

T: Y está atento a la voz de mis ruegos.

***Ahora lee el texto bíblico y la meditación para la fecha de hoy,
que encontrarás en este libro devocional diario.***

Oración final de la mañana (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido en la noche pasada de todo mal y peligro, y te ruego que también en este día me guardes de pecado y todo mal, para que te agraden mi vida y todas mis obras. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Amén

Oración final de la tarde (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido con tu gracia durante el día. Te ruego que me perdones todos mis pecados que he cometido y con los cuales he hecho mal, y me guardes con tu gracia en esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Tu santo ángel sea conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

La Bendición

L: La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos nosotros.

T: Amén.

Otras oraciones para los días de la semana

Domingo por la mañana

Oh Dios misericordioso, permite que pase este domingo en tu temor y tu gracia. Guárdame de malos compañeros, para que Satanás no me impida asistir al culto divino con sus agentes malignos, y ayúdame a rehusar seguir sus engaños. Guárdame, para que no pase este día en ocio, indolencia, pasatiempos y pecados, y así hacerle grave daño a mi alma. Concédeme tu Espíritu Santo para que oiga y aprenda gustosamente tu santa palabra hoy. Cuando se predica esta palabra, abre mi corazón para que preste atención y la reciba, y la guarde allí como un tesoro precioso. Ayúdame a edificarme este domingo en mi fe cristiana, y a crecer en el conocimiento de la verdad. Concede que la palabra que oiga en la iglesia me cambie y me santifique. Amén.

Domingo por la tarde

Este es el día que ha hecho el Señor; nos alegraremos y nos regocijaremos en él. Te doy gracias, Oh Dios, por las muchas bendiciones que me has dado en este día. Fue en un domingo que Jesús, mi Salvador, resucitó del sepulcro, y en que el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Por tanto es apropiado que en este día traiga a la memoria mi redención por medio de Jesucristo, y el don del Espíritu Santo, que fue derramado en abundancia sobre mí en el santo Bautismo. Te doy gracias por la palabra pura y santa, la cual ha sido predicada en este día conforme a tu ordenanza para la instrucción y edificación de mi alma. Amén.

Lunes por la mañana

Hazme oír tu misericordia en la mañana; porque en ti confío: hazme conocer el camino en que debo andar; porque a ti levanto mi alma. Dios santo, bueno, el único sabio, tú has creado los cielos, y has puesto los fundamentos de la tierra. Has ordenado el cambio de noche a día, de luz a tinieblas, de labor a descanso, para que se refresquen los hombres y las bestias. Te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana por tu sabiduría y tu fidelidad paterna. Misericordiosamente has escuchado mis oraciones, y me has preservado durante la noche pasada de la enfermedad y de otros males. Has rodeado con tu protección a todo lo mío. Señor, grandes son tus obras que has manifestado a los hombres; tu misericordia está en los cielos, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes. Yo me dormí, pero tú vigilaste. Dormido, yo estaba como muerto, pero tú me has hecho ver otra vez la luz del sol. Amén.

Lunes por la tarde

En paz me acostaré y dormiré; porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado. Oh, Dios eterno y todopoderoso, éstos son mis pensamientos de la tarde ahora que busco descansarme. ¿Cómo te daré suficientes gracias porque tú has guardado mi salir y entrar de modo que no he sufrido ningún daño? Tú me has dado comida y bebida; me has consolado y refrescado; tu visitación ha preservado mi espíritu; y por medio de ti y de tu gracia aún vivo en este día. Todas estas y otras misericordias son voces que me invitan a alabarte. Por tanto, ¡bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre! ¡Bendice alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios! Amén.

Martes por la mañana

Oh Dios misericordioso, cuya bondad y fidelidad se renuevan cada mañana, te doy gracias y alabanza con corazón y voz porque otra vez me has permitido levantarme en salud de mi cama esta mañana, y has preservado mi cuerpo de daño y mi alma de pecado. ¡Cuán excelente es tu misericordia oh, Dios! Por eso los hijos de los hombres ponen su confianza bajo la sombra de tus alas y están protegidos allí por tu poder. La oscuridad ha pasado, y veo otra vez la luz del sol. Concédeme la gracia de andar en tu luz todo este día, y a huir de las obras de las tinieblas. Amén.

Martes por la tarde

Señor, al pasar este día, quita mis transgresiones. Jesús, borra mis pecados con tu santa sangre. Espíritu Santo, asegúrame del perdón de todos mis pecados antes que me duerma. Cuando estoy así absuelto de toda mi culpa, oh, Dios trino, con calma me dormiré, y mañana seré más diligente para evitar todo lo que te desagrade. Padre mío, cúbreme a mí y a mi familia con tu amor. Mi Jesús, en tus heridas descanso en paz y seguridad. Oh, Espíritu Santo, antes de dormirme, inspira en mi corazón el último suspiro con que encomiendo mi espíritu en las manos de Dios. Amén.

Miércoles por la mañana

¡Despierto, y aún estoy contigo, oh, Dios misericordioso, y amante, mi Roca, mi Fortaleza y mi Libertador, mi Escudo y el Cuerno de mi Salvación, y mi Torre Fuerte! Levanto mi voz en esta hora temprana al trono de tu gracia, y te doy gracias porque durante la noche que ha pasado has preservado mi cuerpo y mi alma de todo daño. Bendito sea el Señor todos los días, y bendito sea su nombre para siempre. Dios mío, tu preservas mi vida día con día, para que pueda prepararme para la eternidad y entregar mi alma a ti como tu posesión y morada. Tú me has creado para la vida eterna. No quieres que perezca, sino que me arrepienta y viva. Concede que yo me ocupe este día con mi propia salvación con temor y temblor. Oh, Jesús, mi Mediador, haz mi corazón tu morada. Amén.

Miércoles por la tarde

Perdóname oh, Dios misericordioso, todos los pecados que haya cometido contra ti este día en pensamiento, palabra y obra. Ayúdame a dejar, junto con mi ropa, cada mala costumbre, impropiedad y pecado. Concede que mañana y por lo demás de mi vida los aborrezca y los abandone. Ayúdame a desvestirme, según la antigua manera de vivir, al viejo hombre, y nunca a volverlo a poner. Durante la noche que viene permite que yo, junto con todos mis parientes y los miembros de mi casa, duerman en paz y seguridad bajo tu gracia protectora. Amén.

Jueves por la mañana

Escucha, oh, Señor, mis palabras; considera mi suspiro. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Dios bondadoso y misericordioso, te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana, no solamente porque como un padre me has sostenido y preservado desde mi juventud, sino también porque has sido mi protección y mi auxilio durante la noche pasada, y has permitido que otra vez me levante con salud para alabarte y ver la bienvenida luz del día. Prometo en esta hora de la mañana que te serviré con cuerpo y alma, y me entregaré enteramente a ti. Estoy resuelto de que mi boca no ofenderá hoy con el resultado de cargarme con una gravosa responsabilidad a causa de conversación necia y palabras pecaminosas. Mora en mí, santifica, guía y límpiame más y más por tu gracia. Amén.

Jueves por la tarde

Oh, Dios y Padre generoso y misericordioso, otra vez vengo ante tu rostro en esta hora de la noche con un corazón agradecido porque tu gracia ha derramado sobre mí innumerables bendiciones. Tu longanimidad me ha perdonado; porque no me has castigado como merecí. Perdona todas mis transgresiones con que te he ofendido abiertamente o en secreto. Debo ser más fuerte en combatir el pecado, más celoso en las buenas obras, más cuidadoso al hablar, más piadoso en mi conducta. Desde ahora permite que evite con diligencia todas las cosas con las cuales te he ofendido hoy. Si mis pecados son grandes, tu misericordia es mucho más grande; si tú no fueras un Dios misericordioso Señor, ¿quién podría vivir? Ahora me acuesto para descansar. Cierra detrás de mí, oh, Dios, la puerta, como hiciste con el arca de Noé, para que ninguna inundación de tribulación me pueda anegar. Permite que tus santos ángeles me tomen en su protección, para que mis enemigos, visibles o invisibles, no estorben mi sueño. Amén.

Viernes por la mañana

Mi corazón está firme oh, Dios; está firme mi corazón. Cantaré y entonaré salmos. Oh, Dios misericordioso, y amante, mi Padre, Redentor y Santificador, levanto mi corazón y mis manos en esta hora de la mañana al trono de tu divina majestad, desde donde tantas bendiciones han sido derramadas sobre mí durante toda mi vida, y también durante la noche pasada. Durante esta noche tú has sido mi Fortaleza, mi Protección, mi Libertador, mi Castillo Fuerte, mi Auxilio en toda necesidad, mi Consuelo, mi Escudo, sí, Todo para mí. Oh, Dios y Señor mío, reconozco que no soy digno de todas estas bendiciones. Tú pensaste de mí en medio de la oscuridad; y mientras las sombras oscuras me rodeaban, tu cuidado paternal protegió mi cuerpo y mi alma contra el daño y peligro. Por tanto te alabo y magnifico tu nombre. El Señor ha hecho grandes cosas para mí, me alegraré. Amén.

Viernes por la tarde

Ahora me acuesto para descansar, mi Jesús. Cubre los dinteles de mi corazón con tu santa sangre para que no se me acerque ningún mal. Si tú estás conmigo, no temeré. Has estado a mi lado durante el día, en dondequiera que he ido. Has puesto tu bendición en todas mis actividades. Has prosperado todo lo que he emprendido en tu nombre. Quisiera que las palabras de José hubieran sido mi lema constante durante este día: “¿Cómo, pues, puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios?” Perdóname en misericordia todo el mal que he cometido, hablado o pensado contra ti durante este día. Con la declinación del día permite que se desvanezcan también mis pecados y el castigo por mis pecados, para que no sean recordados eternamente. Amén.

Sábado por la mañana

Hazme saber oh, Jehovah, mi final, y cuál sea la medida de mis días, para que pueda saber lo frágil que soy: tales son mis pensamientos, Oh Dios fuerte y todopoderoso, ahora que he alcanzado el fin de la semana; porque tú me has permitido levantarme con salud en este último día de la semana. Te alabo en esta hora de la mañana, porque me has protegido y defendido tan gloriosa y poderosamente en cuerpo y alma, de modo que no ha podido estorbarme ningún peligro ni aflicción. Dios mío, tan poco como las estrellas del firmamento, como la arena a la orilla del mar, como las gotas de agua en el mar se pueden enumerar, tan poco puedo contar las bendiciones que he recibido de ti durante toda mi vida, y también durante esta semana. Amén.

Sábado por la tarde

Grandes cosas ha hecho Jehová para mí, me alegraré. Es apropiado que hable así, Señor y Dios mío, ahora que he llegado con seguridad al final de una semana ¡Qué excelente es tu misericordia oh, Dios! Dios mío, has extendido tus alas sobre mí, me has guardado en salud y me has bendecido; me has acompañado y preservado; me has manifestado innumerables beneficios en cuerpo y alma y también has permitido a mis seres queridos gozar de tu protección y tu gracia. Seguramente es Dios quien ha hecho todo esto; es obra del Señor que yo haya pasado esta semana en seguridad. Debido a todo esto, permite que te ofrezca mi amor, alabanza, y ferviente exaltación desde lo más profundo de mi alma. Recibe mis acciones de gracias por tu protección y tu gracia; por tu amor y tu auxilio; por todos los beneficios que me has otorgado en cuerpo y alma. Amén.

OCTUBRE
El texto bíblico y la meditación

1 de octubre

Texto: Deuteronomio 1:1-18

Compartiendo las cargas

“Dadme de entre vosotros, de vuestras tribus, varones sabios y entendidos y expertos, para que yo los ponga por vuestros jefes” (Deuteronomio 1:13).

Moisés fue elegido por Dios para guiar al pueblo de Israel a la tierra prometida. El pueblo de Dios se había multiplicado en gran manera y esta tarea era imposible para un solo hombre, *“yo solo no puedo sobrellevarlos”*, confiesa Moisés. Más aún, ahora que *“El Señor su Dios los ha multiplicado, y ahora ustedes son tan numerosos como las estrellas del cielo”*. *“Porque yo solo, ¿cómo podría sobrellevar sus molestias, sus cargas y sus pleitos?”* Así es como Moisés solicita que el pueblo le proporcione hombres sabios para que colaboren con esta tarea. Él mismo los instruye para que juntos puedan servir a sus hermanos con justicia, sin distinción, lo mismo al débil que al poderoso. Y si algo los superaba, entonces debían pasárselo a Moisés.

Nosotros, como hijos de Dios, necesitamos aprender de Moisés, que escuchó a su suegro Jetró (Ex 18:20), reconoció sus limitaciones y decidió formar a otros para delegar y compartir las cargas, a fin de que todos juntos pudieran velar por el bienestar y cuidado del pueblo de Dios, pues juntos es mejor que separados. Debemos confesar que muchas veces nos cuesta confiar en otras personas y creemos que nosotros somos los únicos que podemos hacer las cosas bien, desaprovechando así la multiforme gracia de Dios otorgada a su iglesia en los distintos dones que ha repartido a todos, para que nos sirvamos los unos a los otros. Cristo, y los apóstoles que aprendieron del Señor, también sumaron a otros para sobrellevar las cargas. Además, es importante recordar que cuando no puedes lidiar con alguna dificultad, siempre puedes ir a Jesús, pues para Él no hay límites. Además, cargó con todos tus pecados y pagó por ellos. Él es el juez y abogado frente al Padre, intercediendo en nuestro favor con su justicia para nuestra salvación y proveyendo de todo lo necesario para guiar a su pueblo. Es más, él dirige el reino sentado a la diestra del Padre, y podemos encomendarle nuestro desafío de liderazgo, reconociendo que Él guía y hace todo por el bienestar de aquellos que le aman.

Amado Padre celestial, te doy gracias porque provees a tu iglesia de hombres sabios, como pastores, maestros y diaconisas, que sirven con sus dones a tu pueblo. Ayúdales a guiarlo y cuidarlo con el amor de Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.1)

Señor, heme en tus manos, dirígeme, Y hasta el fin de mis años mi guía sé.
Sin Ti ni un solo paso quisiera dar; Mi vida hasta su ocaso te he de entregar.

2 de octubre

Texto: Deuteronomio 1:19-36

Incredulidad

“Y aun con esto no creísteis a Jehová vuestro Dios” (Deuteronomio 1:32).

En todo el viaje, desde el Sinaí hasta el límite de la tierra prometida, Israel se quejó, dudó y desobedeció a Dios, aun viendo y experimentando su poder y su protección. Decían: “¿Por qué nos sacaste de Egipto? ¿Quieres que muramos en este desierto?” El asunto era sencillo: ¿Entraría el pueblo en la tierra prometida basándose en la bondad y el poder del Señor? ¿O se dejaría guiar por lo que vieron sus ojos? Doce espías fueron enviados para traer un reporte sobre la tierra prometida y las posibilidades de tomarla o no. A su regreso, diez de ellos manifestaron que sería imposible para Israel hacerlo, pues sus murallas eran muy altas, el pueblo era más numeroso y sus hombres más altos y fuertes. Y así, todo el pueblo, una vez más, murmuró en contra de Dios, olvidando rápidamente todo lo que Dios había hecho por ellos al librarlos de la esclavitud en Egipto. Aquí tenemos un triste ejemplo de la testarudez y de la incredulidad innata de los seres humanos pecadores.

Somos iguales al pueblo de Israel, a pesar de todo lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. También dudamos de las promesas de Dios, sobre todo cuando nos enfrentamos a las adversidades de nuestra vida. La enfermedad, la escasez, o lo que sea que nos provoque incertidumbre. Y aun cuando conocemos la historia de la redención y sabemos con cuánto amor Dios nos ha perdonado al entregar a su único Hijo a la muerte, y al darnos, por medio de su muerte y resurrección, la victoria sobre el diablo, la muerte y el pecado, muchas veces caemos en la incredulidad. Llegamos a pensar que nuestros enemigos o problemas son más grandes que Dios. Necesitamos arrepentirnos y recordar que, para librarnos de la incredulidad, Dios nos otorgó la fe bautismal, y la sostiene mediante la predicación de la Palabra, a fin de que confiemos en sus promesas, y no en nosotros mismos o en nuestro poder, para luchar. Pues Cristo es nuestro escudo y fortaleza, él lucha por nosotros y es quien nos ha ganado la vida eterna. Ahora es tiempo de confiar, vivir y compartir la buena nueva con todos.

Amado Padre celestial, ayúdame a confiar firmemente en tus promesas, sin dudar de ellas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Todas las promesas - HL #856, estr.1)

Todas las promesas del Señor Jesús
Son apoyo poderoso de mi fe.
Mientras luche aquí buscando yo la luz,
Siempre en sus promesas confiaré.

3 de octubre

Texto: Deuteronomio 1:37-2:15

No podemos cambiar la voluntad de Dios

“Pero vosotros volveos e id al desierto, camino del Mar Rojo” (Deuteronomio 1:40).

Los que habían desconfiado de la promesa hecha por Dios ahora parecían arrepentidos, *“Hemos pecado contra el Señor. Pero iremos y peharemos, tal y como el Señor nuestro Dios nos lo ha ordenado. Y cada uno de ustedes tomó sus armas y se preparó para subir al monte” (Dt 1:41)*. Sin embargo, esto no era arrepentimiento, sino un segundo acto de desobediencia e incredulidad. Ellos tomaron una decisión contraria a la voluntad de Dios y buscaron resarcir sus errores conforme a lo que ellos mismos consideraron correcto. Marcharon a la batalla para tomar la tierra prometida sin el apoyo de Dios y, por supuesto, fueron vencidos por sus enemigos. Por esta acción es evidente que no hubo verdadero arrepentimiento, pues este produce obediencia a Dios. Y Dios había dicho: *“Diríjanse al desierto, porque ninguno de ustedes heredará la tierra prometida”*.

Así sucede también en nuestros días, la Palabra de Dios nos dice y revela con claridad su voluntad. Sin embargo, creemos que podemos doblarle la mano a Dios. Él dice: “el matrimonio es entre un hombre y una mujer”. El mundo dice: “no importa si no es un hombre y una mujer, no importa si se casan o no; lo que importa es que se amen”. Dios dice: “no dejen de congregarse para no perder la fe”. El hombre responde: “Puedo vivir la fe a mi manera, sin la necesidad de congregarme”. Y así podríamos citar muchos otros ejemplos. Pero esta desobediencia solo muestra la falta de arrepentimiento, lo poco que conoces a Dios y lo poco que escuchas. No puedes cambiar la voluntad de Dios; necesitas apegarte a ella, obedecerlo de todo corazón. Pero como ningún ser humano es capaz de esto, Cristo lo hizo por ti, Él cumplió con toda la voluntad del Padre, para que tú y yo pudiéramos ser suyos y vivir bajo Él en su reino.

Señor Jesucristo, gracias por escuchar al Padre y someterte a su voluntad, a fin de que por tu obediencia yo pueda ser libre. En el nombre de Jesús. Amén.

(Yo quiero ser cual mi Jesús - HL #692, estr.1)

Yo quiero ser cual mi Jesús
Sirviendo con lealtad
Sincero y fiel yo quiero ser.
Cumpliendo su voluntad.

4 de octubre

Texto: Deuteronomio 2:16-37

Con Dios y hasta donde Dios diga

“Desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo de Arnón, y la ciudad que está en el valle, hasta Galaad, no hubo ciudad que se librara de nosotros; todas ellas entregó el Señor nuestro Dios en nuestro poder” (Deuteronomio 2:36).

El pueblo de Dios reconoce que la victoria no es suya, sino la obra de Dios en su favor. No son sus espadas ni sus ejércitos los que han obtenido la victoria. Es el Señor quien se las entregó. Y así, tanto Israel como los otros pueblos, vieron el poder del único y verdadero Dios, a quien nadie puede oponerse. Pues suyos son el poder y la gloria por todos los siglos. Sus planes se cumplen plenamente, aunque el enemigo presenta resistencia. Nada puede interponerse a sus planes ni a su poder.

Puedes confiar en Dios; Él te dará todo lo que te ha prometido, y en verdad ya lo ha hecho. En Cristo derrotó a tus enemigos, aplastando a Satanás, venciendo a la muerte y pagando por tus pecados en la cruz. No solo eso, sino que, aun hoy, permanece a tu lado y te protege de todo mal y peligro, batallando con tus enemigos, pues no tenemos lucha contra carne ni sangre, sino contra los gobernantes de las tinieblas de este siglo. Por medio del santo Bautismo, la Absolución y la Eucaristía, te entrega el perdón y la victoria sobre todos tus enemigos. En Él, su pueblo alcanza la victoria.

Señor Jesucristo, te alabamos por luchar por nosotros y obtener la victoria sobre el pecado, la muerte y el diablo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Valor y firmeza / Yo soy quien te manda - HL #915, estr.1)

Yo soy quien te manda
Que tengas valor y firmeza
No tengas miedo ni te desanimes porque
Yo tu Señor y Dios estaré contigo donde
Quiera que vayas, porque Yo, tu Señor y Dios estaré
Contigo donde quiera que vayas.

5 de octubre

Texto: Deuteronomio 3:1-29

El pecado y sus consecuencias

“Yo te ruego que me concedas cruzar el río y contemplar esa bella tierra que está más allá del Jordán, y ese bello monte, y el Líbano” (Deuteronomio 3:25).

La historia de Moisés nos ayuda a recordar que nuestros pecados tienen consecuencias. En su caso, él no pudo entrar a la tierra prometida. Aun cuando rogó a Dios que lo dejara entrar a Canaán, la respuesta de Dios fue “No”. Así sucede con nosotros cuando pecamos; cada uno de nuestros pecados acarrea consecuencias. Algunas de ellas pueden llegar a ser terribles en términos temporales, porque lastiman a otros o a nosotros mismos. Muchas de ellas son irreversibles, como cuando alguien toma la vida de otro en un acto de violencia.

No debemos olvidar todo el daño que nuestros pecados ocasionan y las consecuencias irremediables que pueden provocar. Para comprobar la seriedad del pecado, basta ver lo que Jesús enfrentó en la cruz. Más bien debemos arrepentirnos, y esforzarnos para no caer en pecado. Pero cuando caemos, podemos refugiarnos en la misericordia de Dios, que no nos trata según nuestros pecados, sino con el perdón que Cristo nos ganó. Él nos quita la más triste consecuencia del pecado: la separación de Dios y la muerte eterna. Nos hace suyos y nos devuelve al Padre, para que podamos estar con seguridad en la vida eterna.

Señor Jesucristo, alabado seas por tu misericordia y perdón, ayúdanos a huir del pecado y sus consecuencias, permítenos escuchar Tu Palabra, para que nos guíe en este tiempo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Jesucristo del pecado - HL #740, estr. 1)

Jesucristo del pecado a los suyos
Ha salvado; nuestras penas Él sufrió,
Del fuego eterno nos libró.

6 de octubre

Texto: Deuteronomio 4:1-20

Solo la Escritura

“Ahora, pueblo de Israel, oigan los estatutos y decretos que voy a enseñarles, para que los pongan por obra, y vivan y entren en la tierra que les da el Señor, el Dios de sus padres, y tomen posesión de ella. No añadan ni quiten una sola palabra de lo que yo les mando, sino cumplan los mandamientos del Señor su Dios, que yo les ordeno observar” (Deuteronomio 4:1-2).

Uno de los principios de la Reforma luterana que celebramos este mes de octubre es: *“Solo la Escritura”*. Como hijos de Dios, sabemos que Dios trata con nosotros a través de su Palabra. Ésta es la herencia que recibimos de la Reforma. En nuestro texto, podemos apreciar cómo Moisés exhorta al pueblo de Israel a no tener en poco la Palabra de Dios. Les enseña y los anima a que observen, pongan por obra, y vivan conforme a los mandamientos del Señor.

Hoy esto sigue siendo así también para nosotros. Dios sigue, como con Israel, tratando con nosotros a través de su Palabra, el Bautismo y la Santa Cena. La tarea del pastor es igual que para Moisés: enseñar y guiar a cada persona a la Palabra, que es lo mismo que guiarlos a Jesús, porque Él es la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros, y nos trajo perdón, vida y salvación. Al escuchar la Palabra de Dios en la predicación, Él obra la fe, y el Espíritu Santo nos capacita para observar, obrar y vivir conforme a la voluntad de Dios. Su Palabra es la luz, el camino, la verdad y la vida. Igual, en términos de la salvación, Cristo lo ha hecho todo; no podemos añadir nada, porque él mismo dice: *“consumado es”*; así que nuestra salvación es ganada por Jesús y otorgada a ti en tu Bautismo.

Jesús, te damos gracias por tu Palabra y por su predicación fiel, a fin de conocer tus mandamientos y tu misericordia en Cristo, para salvación de todos los que creen. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, haz que tu Palabra - HL #850)

Señor, haz que tu Palabra, transforme hoy nuestras vidas.
Queremos caminar con rectitud siempre en tu luz.

7 de octubre

Texto: Deuteronomio 4:21-40

Busca al Señor con todo tu corazón y alma

“Pero si estando allí buscas al Señor tu Dios, lo hallarás, siempre y cuando lo busques con todo tu corazón y con toda tu alma. En los últimos días, si te encuentras angustiado y afectado por todas estas cosas, si te vuelves al Señor tu Dios, y oyes su voz, él no te abandonará ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que hizo con tus padres, porque el Señor es un Dios misericordioso” (Deuteronomio 4:29-31).

Moisés conocía al pueblo de Israel; lo había visto apartarse de Dios y murmurar contra Él; lo había visto adorar a un becerro, obra de sus manos, a pesar de que Dios los había librado de la esclavitud en Egipto y les había dado tantas señales y pruebas de que sólo Él es el verdadero Dios. Moisés les había enseñado los preceptos del Señor, preparándolos para que fueran obedientes a Dios y escucharan sus palabras.

Pero lo más importante era recordarles que, si caían en pecado, como tan a menudo había sucedido, podían volver a Dios en arrepentimiento, y Dios no los abandonaría ni los destruiría. No porque lo merecieran, sino porque Dios es fiel a sus palabras y siempre recordaría el pacto que hizo con sus padres, pero, sobre todo, porque no desea la muerte de los pecadores, sino su salvación. Esta verdad sigue siendo así en nuestros días. Dios, en Cristo, quiere perdonar a todos los que viven en idolatría y pecado; si lo buscas de todo corazón y con tu alma, no te abandonará ni te destruirá, recordará su pacto y te tratará con misericordia. Por tanto, vuélvete siempre al Señor tu Dios en arrepentimiento y vive, por su gracia, en el perdón de aquel que dio su vida por ti.

Padre celestial, gracias mil te doy por tu amor sin par y tu gran misericordia y paciencia para conmigo, ayúdame a no caer en idolatría. En el nombre de Jesús. Amén.

(Muéstrame Señor tus caminos - HL #839)

Muéstrame, Señor tus caminos,
Enséñame en tus sendas a andar,
Muéstrame, Señor tus caminos,
Enséñame en tus sendas a andar
Porque estoy cansado de los míos
Y no quiero más errar.
Muéstrame, Señor tus caminos
Enséñame en tus sendas a andar.

8 de octubre

Texto: Deuteronomio 5:1-21

Los diez mandamientos

“Moisés llamó a todo Israel, y le dijo: Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en tus oídos. Apréndelos y asegúrate de ponerlos por obra” (Deuteronomio 5:1).

Para conocer los estatutos del Señor y ponerlos en práctica es necesario oírlos. Dios ha establecido que la fe se otorgue mediante la predicación de su Palabra. Y la Palabra de Dios contiene la ley y el Evangelio. La ley nos revela la santa voluntad de Dios tal y como está escrita en los Diez Mandamientos. Y a su vez, revela nuestra pecaminosidad que se opone a la voluntad de Dios, llevándonos así al conocimiento del pecado y revelándonos sus consecuencias.

Pero la ley no es ni la única ni la última Palabra de Dios. Con ella, Dios quiere llevarnos a Cristo y su Evangelio, revelándonos que, a pesar de nuestra pecaminosidad y la sentencia que pesa sobre nosotros, hay una buena noticia: el Evangelio de la gracia, el perdón y la redención obrada por Dios en Cristo, para cada pecador arrepentido. El Evangelio, a su vez, nos lleva nuevamente a los estatutos y decretos de Dios. Ahora perdonados y restaurados, somos guiados por Dios. Y aprendemos de Él cuando escuchamos su Palabra, y la ponemos en práctica en el amor y la misericordia hacia nuestro prójimo.

Amado Padre celestial, te alabamos y bendecimos por darnos tu Palabra y obrar la fe mediante el Espíritu Santo en nuestros corazones, cuando ella es predicada. Otórganos predicadores fieles y oídos atentos, para aprender y ponerla en práctica. En el nombre de Jesús. Amén.

(La ley del Señor es perfecta - HL #843, estr.1)

La ley del Señor es perfecta
Que convierte el alma
El testimonio del Señor es fiel
Que hace sabio al sencillo.

9 de octubre

Texto: Deuteronomio 5:22-6:9

La educación cristiana es tarea de los padres

“Estas palabras que hoy te mando cumplir estarán en tu corazón, y se las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas cuando estés en tu casa, y cuando vayas por el camino, y cuando te acuestes y cuando te levantes. La atarás en tu mano como una señal, y las pondrás entre tus ojos como frontales, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Deuteronomio 6:6-9).

La vocación de los padres incluye la preciosa tarea de esculpir en el corazón de sus hijos la Palabra de Dios. La educación en la fe es tarea de los padres, y no está reducida a un día en la semana, ni es solamente tarea de la iglesia. El jefe de familia o *“pastor de la casa”*, como me gusta llamarlo, tiene el privilegio y deber de aprovechar cada instante y lugar, para enseñar a sus hijos las verdades del Evangelio, las doctrinas principales de la fe: Los Diez Mandamientos, El Credo, el Padre Nuestro, las oraciones de la noche, para las comidas y al despertar, son algunas de las enseñanzas que constantemente podemos brindar a nuestros pequeños. La repetición es fundamental, para aprenderlas de corazón y no olvidarlas.

Lamentablemente, debemos confesar que no siempre lo hacemos y que se ha perdido en los últimos tiempos la educación cristiana en los hogares. Por esto necesitamos arrepentirnos y hacer caso de la Palabra de Dios. Nunca es tarde para comenzar, quizás hoy es un buen día. Puedes estar completamente seguro de que no hay nada mejor que puedas darles a tus hijos que la educación cristiana. El Señor quiere sobre todo que tus hijos aprendan que son amados en Cristo y sus pecados son perdonados.

Dios Padre, ayúdame a instruir a mis hijos en tus caminos, para que nunca se aparten de ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(Bendito Hogar - HL #1023, estr. 1)

Bendito hogar donde el Señor está presente
Con su amor allí no faltará jamás
Ventura, dicha, gozo y paz.

10 de octubre

Texto: Deuteronomio 6:10-25

Cuidado con la fragilidad de la memoria

“Ten cuidado de no olvidarte del Señor que te sacó de Egipto, donde eras esclavo” (Deuteronomio 6:12).

Quizás ya escuchaste el dicho: “hay que dar vuelta la página”. Con él se busca dejar algo atrás, en el pasado, y olvidarlo. Sin embargo, los hechos del pasado son importantes para nuestra vida, especialmente cuando se trata de recordar la obra de Dios. En el caso de Israel, ellos habían sido librados de la esclavitud, por medio de la cual habían sufrido, y muchos perdieron su vida. Ahora que estaban a punto de heredar la tierra prometida y con ella todo tipo de bendiciones. El riesgo era que se olvidaran de que el Señor los había librado y así también se olvidaran de temer, amar y servir a Dios.

En el Nuevo Testamento también tenemos muchas exhortaciones que nos recuerdan que tú y yo fuimos librados del pecado, de la muerte y del diablo, que no somos de la oscuridad, sino que fuimos librados por Cristo para vivir conforme a los estatutos de nuestro Dios. Es necesario que escuchemos la Palabra de Dios, porque nuestra memoria es frágil y olvidamos rápidamente los beneficios que Dios nos ha otorgado. También podemos orar, como lo hace el rey David en el Salmo 103:2 ss.: *“Bendice, alma mía a Jehová, Y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades. El que sana todas tus dolencias; El que rescata del hoyo tu vida, El que te corona de favores y misericordias; El que sacia de bien tu boca”*. Necesitamos escuchar la Palabra de Dios para no olvidar que somos de Él y dependemos de Él y que, sin Cristo, estamos perdidos y condenados, para que nos mantengamos en Él y podamos disfrutar con gozo de todos sus beneficios.

Padre celestial, gracias por rescatarme de la esclavitud y de la condenación eterna, dándome en Cristo todo tipo de beneficios. Por ello, ayúdame a darte gracias, alabarte y servirte con alegría. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Recuérdalo! - HL #892, estr. 1)

¡Recuérdalo! ¡Recuérdalo!
Al Salvador crucificado
Que para tu salud se ha inmolado
Y beatitud eterna te legó.
¡Recuérdalo! ¡Recuérdalo!

11 de octubre

Texto: Deuteronomio 7:1-19

Por gracia

“El Señor los quiere, y los ha escogido, no porque ustedes sean más numerosos que todos los pueblos, pues ustedes eran el pueblo más insignificante de todos” (Deuteronomio 7:7).

La razón por la cual Dios escogió a Israel como su pueblo favorito, es su amor y gracia. No es que haya alguna característica o cualidad en ellos para que fueran los favoritos entre todos los pueblos. Por el contrario, el texto dice que ellos eran el pueblo más insignificante. Pero, por su amor y gracia, Dios los escogió y los rescató de la esclavitud y del poder del faraón.

Con respecto a nosotros mismos, el salmista dice en el Salmo 8:3 ss: *“Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, y la luna y las estrellas que has creado, me pregunto: ¿Qué es el ser humano, para que en él pienses? ¿Qué es la humanidad, para que la tomes en cuenta?”* Todas sus promesas, todos sus dones, especialmente Cristo su unigénito, fueron dados para ti, por gracia, sin ningún mérito de tu parte para perdonarte, rescatarte de la muerte y del poder del diablo. ¿Por qué? Porque Dios sin dudas te ama y te ha escogido desde la fundación del mundo. Eres parte de su cuerpo, el Bautismo te ha hecho suyo junto a todos los creyentes; somos su pueblo escogido, amado y rescatado, somos su iglesia amada. Hoy sabes bien que el Señor tu Dios es Dios, el Dios fiel que cumple con su pacto y su misericordia, con aquellos que lo aman y cumplen sus mandamientos, hasta mil generaciones.

Bendito seas, Padre, por amarnos, elegirnos, liberarnos del pecado que nos mantenía en esclavitud y condenación eternas. Ayúdanos a disfrutar de tu gracia y todos tus dones en Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Él nos congrega/ Es por su amor – HL #611, estr.1)

Es por su amor que estamos aquí reunidos hoy,

Él nos congrega, somos su pueblo que Él llamó.

Nos acercamos con mucho pesar y con dolor:

Hemos pecado, no somos dignos de compasión.

12 de octubre

Texto: Deuteronomio 8:1-20

Toda buena dádiva y don perfecto vienen de Dios

“No vayas a decir en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi brazo me han hecho ganar estas riquezas.” Más bien, acuérdate del Señor tu Dios, porque él es quien te da el poder de ganar esas riquezas, a fin de confirmar el pacto que hizo con tus padres, como en este día” (Deuteronomio 8:17-18).

En el primer artículo del Credo, confesamos: *“Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”*. Esta confesión es sencilla, pero a su vez muy profunda. Nos ayuda a recordar y confesar que Dios nos ha creado. Somos sus creaturas, todo lo que somos y tenemos lo recibimos de Él. Sin embargo, nuestro corazón, envanecido por el orgullo, muchas veces olvida que no son nuestro poder, fuerza o sabiduría los que nos dan las riquezas.

Dios advirtió a Israel, y nos advierte a nosotros, para que no seamos arrastrados por el pecado, hacia el olvido y la falta de gratitud. Y en cambio, podamos acordarnos de que toda buena dádiva y don perfecto provienen de su mano divina y paternal. Debemos tener cuidado con nosotros mismos y dónde ponemos nuestro corazón, porque eso será nuestro Dios. Si confiamos más en nuestro poder, fuerza, sabiduría o riqueza, estaremos viviendo en idolatría, lejos de Dios. No dejemos de confesar la verdad que el Espíritu Santo nos ha revelado, por medio de la Palabra de Dios: Él nos creó, nos salvó y nos santificó. De Él recibimos todo, absolutamente todo.

Santísimo Padre, gracias por todos los dones que recibimos de tu mano, para nuestro bien temporal y nuestra salvación eterna. Líbranos de olvidar tus beneficios y de un corazón envanecido por el orgullo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Creemos en un solo Dios – HL 670, estr.1)

Creemos en un solo Dios,
Hacedor de tierra y cielo;
Cual Padre escucha nuestra voz,
nos da vida, luz consuelo.
Nos provee del sustento,
campo, hogar y el alimento.
Él nos cuida en cuerpo y alma,
Nuestra cuita y pena calma.
Nos guarda fiel en su bondad,
Librándonos de la maldad.

13 de octubre

Texto: Deuteronomio 9:1-22

Sola Gracia

“No es por causa de tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón, por lo que entras a tomar posesión del territorio de estas naciones. El Señor tu Dios las arroja de tu presencia por causa de su impiedad, y para confirmar la promesa que él mismo les hizo a tus padres Abrahám, Isaac y Jacob” (Deuteronomio 9:5).

Israel no era mejor que los otros pueblos, no era justo, no era recto de corazón. Quien es recto y justo es Dios. Esta es la única razón por la cual Israel recibe la tierra prometida: porque Dios es fiel, recto y justo. Él cumplió su palabra y, en ella, había prometido a Abrahám, Isaac y Jacob que daría la tierra prometida a Israel.

Ningún ser humano es justo, ni recto de corazón; al contrario, la ley de Dios revela todo nuestro pecado e injusticia. No hay hombre recto que nunca peque. Y por ello merecemos la condenación y la muerte eterna. Pero Dios es fiel a su Palabra, y en ella, prometió salvarnos y así lo hizo. Por gracia, sin ningún mérito o dignidad de nuestra parte, nos salvó por medio de Jesucristo, quien murió siendo crucificado: el justo por los injustos, para que en Él seamos justificados. Con su muerte destruyó a nuestros enemigos y obtuvo, para nosotros, la victoria sobre el diablo, el mundo y nuestra propia carne. Su resurrección es la evidencia de que venció a los enemigos, que no podíamos vencer por nosotros mismos, al igual que sucedió con Israel: Él los arrojó de nuestra presencia. Y nos da, por gracia, la vida eterna en las moradas celestiales.

Amantísimo Padre, que siempre vivamos bajo tu gracia, y nos presentemos ante ti con la justicia de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y no con la nuestra, que no es más que trapos de inmundicia, para que no seamos condenados, sino salvos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Justificados, pues por fe – HL #802)

Justificados, pues por fe, tenemos paz para con Dios
Justificados, pues, por fe, tenemos paz para con Dios
Por medio de nuestro Señor Jesucristo
Por medio de nuestro Señor.

14 de octubre

Texto: Deuteronomio 9:23-10:22

Respondiendo con alabanza

“Él es el objeto de tu alabanza; él es tu Dios, que ha hecho contigo todas estas cosas grandes y terribles, que con tus propios ojos has visto” (Deuteronomio 10:21).

Una vez que Moisés intervino por Israel delante de Dios, para que no lo destruyera, y recuperó las tablas de la ley nuevamente, volvió a recordarles cuáles eran las cosas que Dios exige, para que anden delante de Él y sean perfectos. Hizo con ellos un repaso de todas las cosas que Dios les había prometido y cómo había cumplido cada una de ellas, incluso engrandeciéndolos en gran manera. Ahora eran un pueblo tan numeroso como las estrellas en los cielos. Él se reveló como el verdadero Dios con todos esos grandes y terribles hechos, que ellos mismos habían podido ver con sus ojos. Ahora, respondiendo a todo esto, ellos podían alabarlos con gozo.

Nosotros también hemos experimentado la grandeza de Dios que, por medio de Jesús, nos rescató de la esclavitud del pecado para sí. Él intervino, desde la cruz, entregando su espíritu y orando: *“Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”*. Con su muerte cruel trajo, desde la resurrección, vida eterna y paz para con Dios. Vemos en el crucificado con nuestros ojos la gran y terrible obra de Dios. Y al Espíritu Santo obrando por el Evangelio la fe en el corazón de los hombres, haciendo del pueblo de Dios un pueblo incontable. Y nos unimos a los ángeles para adorarlo por ser nuestro Dios.

Todopoderoso Dios, recibe nuestra alabanza de gratitud por tus grandes hechos en nuestro favor, y por la salvación que nos otorgas por Cristo nuestro Señor. En el nombre de Jesús. Amén.

(A Ti, Dios, damos todo honor - HL #563, estr.1)

A Ti, Dios, damos todo honor
Con gratitud por tu favor;
Ante tu trono hemos de estar,
Para con ángeles cantar.

15 de octubre

Texto: Deuteronomio 11:1-25

Con Dios, nunca sin Él

“Todo lugar donde planten su pie será de ustedes, y su territorio se extenderá del desierto hasta el Líbano y del río Éufrates hasta el mar occidental. Nadie podrá enfrentarse a ustedes, porque el Señor su Dios infundirá miedo y temor de ustedes en toda la tierra que pisen, tal y como él lo ha dicho” (Deuteronomio 11:24-25).

Todo lo que Israel había vivido teniendo a Dios de su lado, había sido más que suficiente para saber que el camino correcto es *“estando con Dios y teniéndolo de su lado”*, obedeciendo sus estatutos, los cuales redundarían en su propio bien. Dios había hecho que las naciones más grandes y fuertes sucumbieran frente a Israel aun cuando, humanamente, no era posible. Porque, como queda comprobado, lo imposible para los hombres *“sí”* es posible para Dios. Los demás pueblos sabían esto, por lo cual Israel estaba listo para heredar la tierra prometida, sin que se le opusiera ningún obstáculo.

En Cristo, nosotros también tenemos a Dios con nosotros. Él hace que lo imposible para nosotros sea posible, destruyendo a nuestros enemigos, haciendo que tengan miedo y temor, pues no estamos abandonados a nuestra suerte, sino bajo la protección del Todopoderoso y único Dios, al que nadie puede hacerle frente sin ser destruido. En el Bautismo fuimos elegidos hijos de Dios, su pueblo, al cual Él protege y guarda de todo mal, conquistando para nosotros la vida eterna por medio de Cristo, quien tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Ahora, como sus hijos, nosotros vivimos con alegría, conforme a sus estatutos, que son nuestra guía en todo lo que es bueno para nosotros y agradable a Dios.

Todopoderoso Dios, gracias por estar con nosotros y protegernos de nuestros enemigos; ayúdanos a confiar siempre en Ti y a depender totalmente de Ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(Castillo fuerte es nuestro Dios – HL #546, estr.3)

Aún si están demonios mil prontos a devorarnos,
No temeremos porque Dios sabrá aún prosperarnos.
Que muestre su vigor Satán, y su furor dañarnos no podrá;
Pues condenado es ya por la palabra Santa.

16 de octubre

Texto: Deuteronomio 11:26-12:26

Reglas claras

“Dense cuenta de que hoy pongo ante ustedes la bendición y la maldición. La bendición, si ustedes atienden a los mandamientos que yo, el Señor su Dios, hoy les mando cumplir. La maldición, si no atienden a los mandamientos que yo, el Señor su Dios, hoy les mando cumplir, y se apartan del camino para ir tras dioses ajenos que nunca antes conocieron” (Deuteronomio 11:26-28).

Sin letras chicas. Cuando Dios habla en su Palabra, lo hace claramente. Su deseo es el bienestar de su pueblo. Para ello, les da sus mandamientos enseñándoles su voluntad. Se revela como el verdadero Dios y les advierte que la bendición y el camino correcto son vivir conforme a sus mandamientos. La maldición está en no atender los mandamientos y en apartarse del camino establecido por Dios.

Lamentablemente, debemos reconocer en confesión que, a pesar de la claridad de Dios en su Palabra, no siempre elegimos la bendición y tomamos el camino equivocado. Esto sucede por muchas razones que siempre confluyen en lo mismo, nuestra naturaleza pecadora que no busca hacer el bien que queremos, sino el mal que no queremos. Como Dios conoce bien nuestra condición, Él envió a Jesús, quien sí eligió la bendición, cumplió la ley y no se apartó del camino. Cristo es la bendición y el camino para nosotros, pues sólo en Él tenemos, de pura gracia, todas las bendiciones de Dios para nosotros. Él nos ayuda a atender los mandamientos, vivir conforme a ellos y, cuando caemos o no cumplimos alguno de ellos, Él nos da su perdón para volver al camino correcto.

Padre Celestial, gracias te damos porque nos enseñas el camino de bendición y nos adviertes y libras por medio de Cristo de la condenación; ayúdanos a vivir conforme a tus mandamientos. En el nombre de Jesús. Amén.

(La ley del señor es perfecta – HL 843, estr.1)

La ley del Señor es perfecta
Que convierte el alma
El testimonio del Señor es fiel
Que hace sabio al sencillo

17 de octubre

Texto: Deuteronomio 12:13-32

Cuidado con tropezar

“Una vez que hayan sido destruidas delante de ti, ten cuidado de no tropezar al ir en pos de ellas. No preguntes acerca de sus dioses, ni digas: “Así como aquellas naciones servían a sus dioses, también yo les serviré” (Deuteronomio 12:30).

En el primer mandamiento Dios nos enseña: *“No tendrás otros dioses delante de mí”*. Él es el único y verdadero Dios, no permite que se le dé alabanza a esculturas. Israel estaba entrando a la Tierra Prometida, y allí cada pueblo tenía su propio dios. La advertencia es a que no tropezaran yendo detrás de ellos y terminaran sirviendo a ídolos, pecando y apartándose de Dios.

No es muy diferente en nuestro tiempo. Hay tantos dioses falsos que son predicados que pueden hacernos tropezar, apartándonos del único y verdadero Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Muchos son los peligros que podrían llevarnos a servirlos si nos apartamos de la Palabra de Dios que nos revela al único y verdadero Dios. Necesitamos escuchar la vivificante Palabra de Dios que apunta solo a Cristo, la Luz del mundo, el perdón de pecados que Él nos da, a fin de que nos guíe por medio del Espíritu Santo y su Evangelio, para que no tropecemos y seamos destruidos. Oremos para que Dios nos mantenga siempre en el camino, librándonos de todo tropiezo para que podamos siempre creer y servir al único y verdadero Dios, creador del cielo y la tierra.

Padre Celestial, líbranos de toda idolatría y cualquier confianza que no sea en Ti, él único y verdadero Dios. En el nombre de Jesús. Amén.

(Confía tu camino - HL #930, estr.1)

Confía tu camino, Tu pena y tu dolor
A tu Señor divino, del mundo Creador.
El que a los orbes rige Con gloria y majestad,
Él mismo te dirige Por sendas de verdad.

18 de octubre

Texto: Deuteronomio 13:1-18

Sólo la verdad de la Palabra

*“Cuando en medio de ti surja algún profeta, soñador visionario, y te anuncie señales o prodigios”
(Deuteronomio 13:1).*

El pueblo de Israel, antes de ser liberado de la esclavitud en Egipto, había visto cómo los sabios y hechiceros del faraón pudieron imitar algunas de las señales que Dios hizo por medio de Moisés. Tenía el conocimiento de que los falsos profetas podrían realizar señales y prodigios. Sin embargo, él sólo debía oír la voz de Dios y no ir tras estos engañadores, incluso debía arrancarlos de en medio de ellos. Así debe ser para nosotros también, pues muchos falsos profetas se levantan para hacer sus señales y prodigios, usando incluso el nombre de Dios para intentar engañar a los hijos de Dios. Pero Dios nos enseña en su Palabra que hay un solo fundamento sobre el cual la iglesia está construida: los apóstoles y profetas. Ellos, al igual que todas las Escrituras Sagradas, nos llevan a Cristo.

Por lo tanto, querido cristiano, no es lo que un profeta puede hacer lo que debe llamarnos la atención, sino lo que enseña. Porque si enseña algo contrario a la Palabra de Dios, sea anatema. A ese debemos rechazar y escuchar sólo a Dios y su vivificante Palabra, pues ella contiene todo lo que necesitamos para nuestra salvación, esto es, al profeta verdadero, Cristo Jesús, quien perdona nuestros pecados. Que Dios nos ayude a mantenernos siempre firmes en la verdad del Evangelio para la vida eterna.

Padre Celestial, líbranos de los falsos profetas que buscan apartarnos de Ti, y sosténnos en la verdadera fe a través de la predicación y la administración de los Sacramentos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Un solo fundamento – HL #810, estr. 1)

Un solo fundamento y sólo un fundador,
La santa iglesia tiene en Cristo, su Señor
Haciéndola su esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró.

19 de octubre

Texto: Deuteronomio 14:1-2, 22-23, 28-15:15

Recuerda quién eres

“Ustedes son hijos del Señor su Dios, así que no deben hacerse heridas en el cuerpo ni raparse por causa de un muerto” (Deuteronomio 14:1).

Israel no debía olvidar que era hijo del Padre divino y que, a pesar de vivir rodeado de otros pueblos, Dios no quería que adoptara las costumbres y las prácticas de sus vecinos. Los cananeos acostumbraban a expresar su pesar por la muerte de una manera exagerada y demasiado emotiva: se afeitaban la frente y las cejas, se cortaban o se desfiguraban la piel, o usaban máscaras o disfraces para tratar de alejar a los espíritus de los muertos. A fin de evitar todas estas cosas, Dios expresamente las prohíbe.

Tú y yo también debemos recordar quiénes somos, a partir de la nueva identidad recibida el día de nuestro Bautismo. Somos hijos de Dios, nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo y debemos cuidarlo y usarlo para alabar a Dios y servir a nuestro prójimo. No debemos ir detrás de prácticas paganas que ofendan a Dios, poniendo nuestro cuerpo al servicio de las cosas que provocan su desagrado. Hoy en día, muchos son los que buscan experimentar nuevas sensaciones extremas, incluso la muerte inyectándose veneno para ello, o simplemente haciendo un muy mal uso del tesoro de su cuerpo. Cristo te ha redimido de tus pecados y el Espíritu Santo te trae de su santidad y justicia. Dios nos libre de estas cosas y nos ayude a valorar y cuidar el don de nuestro cuerpo, recordando que fuimos hechos por Él y para Él.

Todopoderoso Dios y Padre nuestro, gracias por hacerme tu hijo, guíame siempre por medio de tu Palabra, a obedecer tus mandamientos y a vivir conforme a ellos, sin ser arrastrado por aquello que te desagrada. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, heme en tus manos -HL #913, estr.1)

Señor, heme en tus manos, dirígeme,
Y hasta el fin de mis años mi guía sé.
Sin Ti ni un solo paso quisiera dar;
Mi vida hasta su ocaso te he de entregar.

20 de octubre

Texto: Deuteronomio 15:19-16:22

Justicia imparcial

“No tuerzas el derecho. O hagas acepción de personas, ni aceptes soborno, porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las palabras de los justos” (Deuteronomio 16:19).

Para llevar una vida en paz es necesario que haya justicia y quien pueda impartirla. Para ello es necesario establecer jueces y oficiales. Ellos deben ser imparciales y no aceptar sobornos que los cieguen a la hora de actuar. Con la sabiduría de Dios pueden llevar a cabo, con fidelidad, sus vocaciones y todos pueden disfrutar de paz y seguridad.

Sabemos que donde está el hombre, está el pecado. Muchas veces nos sentimos defraudados o defraudamos a otros, porque no podemos ser justos e imparciales, ni nuestras autoridades lo son. Sin embargo, la buena noticia es que podemos orar a Dios por autoridades que ejerzan con alegría y fidelidad sus vocaciones. Y recordar que, a pesar de que aquí no existe una justicia perfecta, en Cristo sí la tenemos. Él es imparcial, ama a todos, murió por todos y quiere salvar a todos, perdonándonos los pecados, si nos arrepentimos, y llevándonos a estar con Él por la eternidad. Y por último, si hoy sufrimos injusticias, también podemos dejarlas en sus manos porque ha prometido que no dará por inocente al culpable.

Dios amado, gracias por las distintas vocaciones que has provisto, para el bienestar de todos. Oramos por los jueces y todos los que están llamados a impartir justicia, para que los guíes conforme a tu sabiduría. En el nombre de Jesús. Amén.

(Justificados, pues por fe - HL #802)

Justificados, pues por fe, tenemos paz para con Dios.

Justificados, pues, por fe, tenemos paz para con Dios.

Por medio de nuestro Señor Jesucristo,

por medio de nuestro Señor.

21 de octubre

Texto: Deuteronomio 17:1-20

La falsa adoración es mortal para la fe.

“Cuando en alguna de las ciudades que el Señor tu Dios te da se halle algún hombre, o alguna mujer, que haya hecho lo malo a los ojos del Señor tu Dios y que haya faltado a su pacto al ir y servir a dioses ajenos, y al inclinarse ante ellos, ya sea ante el sol o la luna, o ante todo el ejército del cielo lo cual yo he prohibido...” (Deuteronomio 17:2-3).

Israel recibe esta advertencia de parte de Dios, recordándoles que los otros pueblos practican la idolatría y la falsa adoración, inclinándose ante el sol o la luna o cualquier otra cosa creada por Dios, para que ellos no caigan en tales prácticas. Sus corazones, como los nuestros, están inclinados al pecado y a la idolatría que lleva a la falsa adoración.

Es necesario que sepamos que la adoración de dioses falsos nos vuelve infieles a la Palabra de Dios. Nos arriesgamos a perder el perdón, la paz de conciencia y la vida eterna que nos da el Salvador. La Palabra de Dios debe permanecer siempre como el faro que nos conduce y sostiene en la verdad, iluminándonos a fin de que no caigamos en la falsa adoración, pues la falsa adoración es mortal para nuestra fe. Por la gracia de Dios contamos con el Espíritu Santo, quien a través de la Palabra nos lleva al arrepentimiento, el perdón de pecados y obra la verdadera fe para que adoremos al único y verdadero Dios con alegría y gozo.

Señor y Dios nuestro, ayúdanos para que no caigamos en la adoración de dioses falsos, y podamos adorarte solamente a Ti, el único y verdadero Dios, con todo nuestro corazón, alma y vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(A Ti adoramos, Dios – HL 1000, estr.1-6)

A Ti adoramos, Dios, Tú solo eres Señor.
Tierra y cielo adórate: Padre Santo; y gócese.
Huestes de tus ángeles, cantan juntos a tu prez.
Canta “¡Gloria!” el querubín, junto con el serafín.
Santo es Dios, Señor: Santo es Dios, Señor.
Santo es Dios, Señor de Sabaot Él es.

22 de octubre

Texto: Deuteronomio 18:1-22

Dios se comunica a través de los profetas

“Voy a hacer que de entre sus hermanos surja un profeta como tú. Pondré mis palabras en sus labios, y él les comunicará todo lo que yo le ordene decir” (Deuteronomio 18:18).

Moisés no heredaría la tierra prometida. Entonces, ¿quién ocuparía su lugar? Pues el pueblo había pedido, en Horeb, no volver a oír la voz de Dios directamente. El Señor dice: *Voy a hacer que surja un profeta igual a Moisés. Él tendrá mis palabras en sus labios y será quien comunique todo lo que yo le ordene. El pueblo preguntó: ¿Cómo sabremos cuál es el profeta verdadero? Y Dios responde: “Cuando vean que todo lo que dice se cumple”.*

Hoy también Dios nos habla a través de sus ministros, los pastores. Y nosotros también podríamos preguntar: *“¿Cómo distinguir quién es un pastor de Cristo?”* La respuesta es: el que habla la Palabra de Dios, predicando Ley y Evangelio, señalando a Cristo para el perdón de nuestros pecados. Quien llama a los pecadores al arrepentimiento y proclama el perdón mediante la fe en Cristo Jesús nuestro Salvador. Con respecto a ellos, el Señor dice en Hebreos 13:7. *“Acuérdense de sus pastores, que le dieron a conocer la Palabra de Dios. Piensen en los resultados de su conducta, e imiten su fe”.* Dios también nos dice en su Palabra que, a quienes no escuchen su Palabra, les pedirá cuentas. Pero el profeta en quien se cumple toda la Palabra de Dios es Cristo, y de él Dios dice: *“A Él, escúchenlo”.*

Padre Santo, gracias por darnos pastores que hablan tu Palabra de vida. Ayúdanos a escuchar con atención y a poner en práctica todas tus enseñanzas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Antiguo Espíritu despierta - HL 1011, estr.1)

Antiguo Espíritu despierta,
Del Evangelio fiel anunciador;
De día y noche estén alertas
Llevando tu mensaje salvador
Disipa sombras de incredulidad
Con la divina luz de tu verdad.

23 de octubre

Texto: Deuteronomio 19:1-21

La ley del Tali3n

“No tengas compasi3n de nadie. Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (Deuteronomio 19:21).

Este vers3culo ha dado mucho de qu3 hablar y ha llevado a un sinf3n de malas interpretaciones. Por ejemplo: “el Dios del Antiguo Testamento es un Dios que no tiene misericordia, para encontrar al Dios de misericordia hay que buscarlo en el Nuevo Testamento”. Pero esto no es verdad.

La “ley del tali3n” est3 escrita en un contexto m3s amplio, y forma parte de una secci3n de las Escrituras donde Dios exhorta a que, cuando alguien acuse a otro de alg3n crimen, se aseguren de que haya justicia, y de que los temas sean tratados con integridad a trav3s de testigos fieles, para la protecci3n de todos. Dios es justo y busca una “Haya” entre su pueblo, un trato justo. Y en caso de que se presente un testigo falso, este debe recibir la misma condena que buscaba para su pr3jimo. Con esto, Dios no estaba promoviendo la venganza, sino al contrario, que se ejercieran juicios justos. La mayor justicia de Dios la vemos en la cruz, en donde entreg3 a Cristo para que pague por todos nuestros pecados, d3ndonos lo que no merec3amos. Asimismo, Jes3s nos ense3n3 la ley del amor: *“No resistas al malvado. A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vu3lvele tambi3n la otra”* (Mt 5:38-42). Con ello Jes3s no rechaz3 el principio incorporado en la ley del tali3n, pero conden3 el mal uso de 3sta como excusa para la venganza personal.

Todopoderoso Dios, gracias por defendernos del mal y por llamarnos a vivir en paz y practicar la justicia. L3branos de da3ar a otros con un falso testimonio. En el nombre de Jes3s. Am3n.

(Am3monos, hermanos- HL #815, estr.1)

Am3monos, hermanos,
Con tierno y puro amor
Que un solo cuerpo somos,
Y nuestro Padre en Dios.

24 de octubre

Texto: Deuteronomio 20:1-20

Arenga

“Les dirá: “Oye, Israel: este día ustedes van a entrar en combate contra sus enemigos. No se descorazonen. No tengan miedo ni se espanten. No pierdan el ánimo al enfrentarse a ellos, porque el Señor su Dios va con ustedes, y peleará en favor de ustedes contra sus enemigos, y les dará la victoria” (Deuteronomio 20:3-4).

Cuando uno piensa en arenga en nuestro tiempo, quizás piensa más en un estadio, donde los simpatizantes de un equipo animan a los deportistas para que sientan el apoyo del público y despierten la confianza que les intentan brindar, para que puedan obtener la victoria.

En los tiempos de Israel, esta era la tarea del sacerdote. Un detalle interesante es que la arenga se hacía “antes” de ir a la guerra. Y lo más importante es que el sacerdote no llamaba a los soldados a confiar en sí mismos, en su destreza, en su valor, en su fuerza, ni siquiera en sus armas, sino en el Señor su Dios, quien pelearía por ellos en contra de sus enemigos y les daría la victoria. Querido cristiano, como pastor, te digo: “No tengas miedo ni te espantes”. No pierdas el ánimo contra el diablo, el pecado, ni la muerte. Aunque estos son enemigos gigantes para nosotros y no podemos vencerlos solos, Jesús está contigo. Él peleó en tu favor y obtuvo la victoria para ti, el perdón de tus pecados, en su muerte y resurrección. Anímate en Cristo, con Él no hay enemigo que se te pueda oponer y la victoria es segura.

Todopoderoso Dios, dame una confianza y fe firmes en Cristo, para que no tenga temor ante mis enemigos, y confíe siempre en que me protegerá y dará la victoria, que ganó en la cruz por mí. En el nombre de Jesús. Amén.

(Castillo Fuerte es nuestro Dios - HL #546, estr.2)

Nuestro valor en nada aquí,
Con él todo es perdido,
Mas por nosotros pugnará
De Dios el escogido.
¿Sabéis quién es? Jesús,
El que venció en la cruz,
Señor de Sabaot,
Y pues Él sólo es Dios,
Él triunfa en la batalla.

25 de octubre

Texto: Deuteronomio 21:1-23

Transferencia del castigo

“Si en la tierra que el Señor tu Dios te da en posesión se halla alguien muerto y tendido en el campo, y no se sabe quién lo mató...” (Deuteronomio 21:1).

Aquí el Señor está dando instrucciones muy concretas para el caso de un homicidio en el que no se sabe quién es el culpable. Para ello, los jueces, ancianos y sacerdotes deben seguir sus instrucciones. Lo más llamativo es que deben tomar a una becerra a la que no se haya hecho trabajar ni se le haya puesto yugo. Y la llevarán a un valle escabroso, que nunca haya sido arado ni sembrado, y allí le romperán el cuello. Los sacerdotes sirven a Dios y bendicen en su nombre, y su veredicto pone fin a toda disputa y a toda ofensa. Luego, los ancianos se lavan las manos sobre la becerra y confiesan que no tuvieron nada que ver con esa muerte ni vieron lo que sucedió. Con esto se da por perdonado al pueblo por Dios.

Así sucedió con Cristo, Él es el Cordero de Dios a quien se transfieren todos nuestros pecados. Por su sangre y su muerte, Dios nos perdona, somos lavados por Él en el Bautismo y nuestros pecados son quitados. Su justicia es nuestra para que, como su pueblo, vivamos en paz y obediencia, haciendo el bien. Y a pesar de que somos culpables y merecemos la condenación, al confesar nuestros pecados en arrepentimiento, somos perdonados por el pastor y gozamos del perdón de Dios. Por su gracia somos liberados.

Señor Jesucristo, gracias por cargar con mi pecado siendo mi sustituto, haciéndote culpable, para que yo sea declarado inocente. En el nombre de Jesús. Amén.

(Jesús, mi bien HL #467, estr. 1-3)

Jesús, mi bien, ¿qué crimen cometiste?
¿Por cuál maldad en juicio tal caíste?
¿Qué culpa llevas, sin igual Cordero, Al vil madero?
¿Cuál es la causa de tus aflicciones?
Yo soy quien cometió las transgresiones.
Mía es la deuda que con crueles llagas Tú, Cristo pagas.

26 de octubre

Texto: Deuteronomio 24:10-25:10

La ley dice: Cada uno morirá por su pecado

“Ningún padre morirá en lugar de su hijo, ni tampoco ningún hijo morirá en lugar de su padre; cada uno responderá por su propio pecado” (Deuteronomio 24:16).

El código legal de Hammurabi contenía algunos estatutos según los cuales el hijo podía ser castigado por los crímenes de su padre. Esta ley, en cambio, prohibió a los jueces y a los ancianos castigar a los hijos o a los nietos por los pecados cometidos por sus padres.

Nosotros sabemos que cada persona es responsable de sus actos delante de Dios. El profeta Ezequiel, en el capítulo 18:4, dice: *“El alma que peque, ésa morirá”*. *“Las personas que no se arrepientan, morirán por sus propios pecados, no por las transgresiones de otros”*. Esta es la afirmación de la ley de Dios. Pero en su Evangelio nos dice “el espíritu que peca vivirá, porque el único, que nunca pecó, estuvo dispuesto a morir”. Jesús tomó sobre sí todos tus pecados y los llevó a la cruz; allí entregó su vida en lugar de todos los pecadores, a fin de que todos los que crean en Jesús se arrepientan de sus pecados, reciban el perdón, la vida y la salvación eterna. Este perdón se ofrece en la predicación, en la Absolución, en el Bautismo y en la Santa Cena. Allí, en el servicio Divino, Dios viene a nuestro encuentro para otorgarnos tan excelsos dones.

Señor Jesucristo, gracias por cumplir la ley, entregando tu vida en mi lugar, para que no sufra la condenación eterna, sino que, mediante tu perdón, tenga vida eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(Jesús, mi bien - HL #467, estr. 4-5)

Castigo raro, atónito me dejas:
Sufre el pastor en vez de sus ovejas:
Azotes lleva por su inútil Criado El amo honrado.
Ha de morir el justo, inmaculado,
En tanto vive el malo y reprobado;
Al hombre con indulto benefician
Y a Dios enjuician.

27 de octubre

Texto: Deuteronomio 25:17-26:19

Gratitud

“Entonces el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido, y con señales y portentos que causaban terror, y nos trajo a este lugar, y nos dio esta tierra, ¡tierra que fluye leche y miel! Por eso ahora vengo aquí, con los primeros frutos de la tierra que tú, Señor, me diste” (Deuteronomio 26:8-10).

Israel había sido objeto de la misericordia de Dios. Fue sacado de la esclavitud, y puesto en una tierra maravillosa, que fluía leche y miel. Todo por la bondad del Padre celestial. Ahora disfrutaban de todos los beneficios que Dios les había otorgado, y dan muestra de agradecimiento trayendo a Dios los primeros frutos de la tierra, reconociendo que todo ello es posible por su gracia.

Nosotros también somos y tenemos todas las cosas por la misma misericordia y bondad de nuestro Padre, y estamos llamados a tener corazones agradecidos. Sin embargo, debemos confesar que no siempre lo somos, ni siempre reconocemos que lo logrado es por su gracia. Sin lugar a dudas, nos cuesta apartar las primicias para Dios. Con ello mostramos falta de fe y gratitud. Pero hoy, el Señor nos llama al arrepentimiento. En el Bautismo celebramos su gracia hacia nosotros, la liberación de la esclavitud del pecado, la promesa de una herencia en la tierra celestial y la declaración de ser santos, aun en el tiempo presente. Dios renueva su gracia constantemente a través del perdón, para que, con corazones perdonados, podamos agradecerle por todas sus bondades tanto temporales como eternas. Y lo hacemos con alegría, apartando de nuestras primicias para traerlas y que el Señor las use para su obra.

Señor Jesucristo, te agradecemos por darnos todo lo necesario para nuestras vidas, no permitas que olvidemos ninguno de tus beneficios. Haz que podamos apartar para ti de las primicias de todo lo que nos das. En el nombre de Jesús. Amén.

(Traemos la mies de la tierra – HL #683, estr. 1)

Traemos la mies de la tierra a la casa del Señor.

Traemos la mies de la tierra a la casa del Señor.

Gracias a Ti, Dios Creador por estos frutos de tu amor.

Gracias a Ti, Dios Creador por estos frutos de tu amor.

28 de octubre

Texto: Deuteronomio 27:1-26

Solo la Fe

“Maldito sea el que no se comprometa a cumplir las palabras de esta ley. Y todo el pueblo dirá: ¡Amén!” (Deuteronomio 27:26).

El pacto que Dios hizo con Israel comprendía bendiciones para los que guardaran su ley y maldiciones para aquellos que no lo hicieran. Lamentablemente, Israel, más allá de decir amén, al igual que tú y yo, no pudo cumplir con toda la ley. Y así quedamos bajo la maldición de la ley.

Sin embargo, Jesucristo es el mediador de un Nuevo Pacto y, con su muerte, libera a los hombres de los pecados cometidos bajo el primer pacto. El antídoto contra la maldición del pecado es creer en Jesús y en su perdón. Solamente mediante la fe en las promesas y dádivas de Dios, mediante el sacrificio de su Hijo, pudimos ser librados de la maldición que pesaba sobre nosotros. Él se volvió una maldición por nosotros. *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, y por nosotros se hizo maldición porque está escrito: “Maldito todo el que es colgado de un madero” (Gl 3:13).* Así hoy, tú y yo, podemos disfrutar de la reconciliación con Dios y recibir, por medio de Cristo, todas sus bendiciones. Cada vez que el diablo, tu carne y el mundo, te acusen de pecado y muerte, puedes responder: Cristo es mi Salvador. No hay pecado que me condene, pues su hijo soy.

Señor Jesucristo, dame tal fe que nunca dude de tu perdón y gracia, para que el diablo no me arrastre a la desesperación ni me quede bajo maldición. En el nombre de Jesús. Amén.

(De Dios el Padre - HL #783, estr.1)

De Dios Padre, Cristo el Hijo
Y el Espíritu Consolador,
He recibido ya el bautismo
Y lo que en él me prometió.
Con Jesucristo ya morí
Y de Él la gracia recibí.

29 de octubre

Texto: Deuteronomio 28:1-22

Escucha su voz

“Si escuchas la voz del Señor tu Dios, todas estas bendiciones vendrán sobre ti, y te alcanzarán”
(Deuteronomio 28:2).

El capítulo 28 es uno de los más largos del libro de Deuteronomio. En él se describen todas las bendiciones y maldiciones que Dios proporcionaría a aquellos que cumplieran o desobedecieran, respectivamente, sus mandamientos. Y, si bien nosotros sabemos que no es a través del cumplimiento de la ley el camino para alcanzar salvación, sí se nos ha revelado que Dios ofrece sus bendiciones por medio del *“oír su voz”*. La bendición más grande que recibimos, al oír su voz, es la fe. Ella viene por oír la Palabra de Dios. Y la fe produce tanto *“el querer como el hacer”* todas las cosas buenas que Dios nos enseña en su Palabra. Nos une a Cristo por medio del Bautismo y así podemos llevar buenos frutos. Estos redundan en bendiciones temporales para nosotros y para nuestro prójimo.

Todo ello, como resultado de la *“fe por oír la voz de Dios”*. Ella es la que nos dirige a todas las cosas realmente buenas y nos aparta y nos libra del maligno y de sus terribles maldiciones. Jesús es nuestro Buen Pastor y como sus ovejas debemos conocer y obedecer su dulce voz. Con ella Cristo nos lleva a las aguas frescas del Bautismo y a los verdes pastos. Él nos alimenta con su Cuerpo y Sangre en la Santa Cena y nos guía por este valle de sombra de muerte, hasta la vida eterna.

Señor Jesucristo, abre nuestros oídos a Tu Palabra y guíanos en todos nuestros caminos, a fin de ser bendecidos con todas tus promesas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, haz que tu Palabra - HL #850)

Señor, haz que tu Palabra, transforme hoy nuestras vidas.
Queremos caminar con rectitud siempre en tu luz.

30 de octubre

Texto: Deuteronomio 29:1-29

Discurso de Despedida

“Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley”
(Deuteronomio 29:29).

En su discurso de despedida, Moisés repasa muchas de las cosas que ya le había dicho al pueblo de Israel en más de una ocasión. No olviden la bondad y las maravillas de Dios; de dónde los sacó y cómo los cuidó durante todo ese tiempo, todo lo que les brindó, haciendo que ni siquiera sus ropas y sandalias se gastaran. No vayan detrás de dioses falsos. Remítanse siempre a la Palabra de Dios, pues en ella están reveladas todas las cosas para ustedes y sus hijos.

Las palabras dichas a Israel también son para ti y para mí. Necesitamos volver una y otra y otra vez a repasar y refrescar cada una de sus enseñanzas, la “Ley y el Evangelio”, para no olvidarnos de sus bondades y maravillas. Para que no nos apartemos, yendo detrás de otros dioses, volviendo a caer en la esclavitud del pecado, de la cual somos rescatados por nuestro salvador Jesucristo, quien nos compró para sí, nos redimió, y nos guarda de todo mal, revelándose a nosotros y a nuestros hijos para salvación. Roguemos a Dios para que el Espíritu Santo abra nuestro entendimiento y podamos comprender las Escrituras AL LEERLAS y AL ESCUCHARLAS.

Señor Jesucristo, trae el gozo del perdón a nuestro corazón y ayúdanos a no endurecer nuestro corazón yendo detrás de dioses falsos. Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.1)

Señor, heme en tus manos, dirígeme,
Y hasta el fin de mis años mi guía sé.
Sin Ti ni un solo paso quisiera dar;
Mi vida hasta su ocaso te he de entregar.

31 de octubre

Texto: Deuteronomio 30:1-20

La Salvación no es por la ley

“Lo que yo te mando hoy es que ames al Señor tu Dios, que vayas por sus caminos, y que cumplas sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y para que el Señor tu Dios te bendiga en la tierra de la cual vas a tomar posesión” (Deuteronomio 30:16).

Hoy es un día especial, muchos cristianos de todo el mundo celebran un aniversario más de la Reforma luterana. Ella comenzó con un siervo de Dios, llamado Martín Lutero, el 31 de octubre de 1517. Este hombre de Dios temía y amaba a Dios, y tal como Dios demanda en su Palabra, se esforzaba para ir en sus caminos y cumplir sus mandamientos y estatutos. Sin embargo, le era imposible lograrlo por sus propios méritos. Cada uno de nosotros, más allá de tener y conocer los mandamientos, no es capaz de cumplirlos; siempre elegimos el camino de la muerte y del mal, pues somos pecadores y enemigos de Dios.

Pero Dios, en su misericordia, le reveló su Evangelio y, por medio de Él, cuál es el camino de la vida: Jesús, Él es el Camino, la Verdad y la Vida. El que cree en Jesús, tiene vida eterna. Lutero fue guiado por el Espíritu Santo a la Palabra de Dios. La fe tomó su corazón, enseñándole que es únicamente mediante Jesucristo que somos justificados. Así es como el Espíritu Santo sigue obrando la fe, a través de la Palabra, el Bautismo y la Santa Cena, para librarnos de la condenación de la ley y darnos la vida eterna. Pues la salvación nunca fue ni será por medio de la ley.

Padre celestial, perdónanos por elegir muchas veces el camino de la muerte, y llévanos a Jesús, quien ha cumplido la ley por nosotros, para que nos otorgue la salvación. En el nombre de Jesús. Amén.

(Haz joh, Señor! - HL #953, estr.1)

Haz joh, Señor!, que por tu amor
Yo venga a Ti con gozo;
Pues solo así, salvado en Ti,
Tendré por fin reposo.

NOVIEMBRE
El texto bíblico y la meditación

1 de noviembre

Texto: Deuteronomio 31:1-29

El conocimiento previo de Dios

“Y cuando les vinieren muchos males y angustias, entonces este cántico responderá en su cara como testigo, pues será recordado por la boca de sus descendientes, porque yo conozco lo que se proponen de antemano, antes que se introduzca en la tierra que juré darles” (Deuteronomio 31:21).

Dios conoce de antemano todo lo que se proponen los hombres, todo lo que sucederá, y le anticipa a Moisés lo que ha de pasar, incluso antes de entrar a la Tierra Prometida. El pueblo era terco de corazón y rebelde. Moisés había tenido esa experiencia durante la travesía por el desierto. Allí ellos fueron sordos y desobedientes. Y por esa experiencia Él les dice: *“Porque yo sé que después de mi muerte, ciertamente os corromperéis y os apartareis del camino que os he mandado” (Dt 31:28)*. Era un conocimiento adquirido, y esto constituyó una ayuda para Él. Dios fue fiel y le acompañó en el camino hacia la tierra prometida.

Dios no necesita ser enseñado. Él conoce cada pensamiento nuestro, y su entendimiento no hay quien lo alcance. Qué gran consuelo es para ti, para mí, como sus hijos, saber que Dios conoce a cada uno, conoce nuestros caminos, nuestras sendas, nuestras debilidades. Dice la Escritura: *“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Ro 5:6)*. Que buena noticia para ti, para mí. Dios nos hizo regresar a su senda por medio del arrepentimiento y de la fe en su Hijo, en sus méritos y en su sacrificio en la cruz por nuestros pecados. Nos gozamos de que Dios nos sume al canto de la salvación al incluirnos en él; y enseñamos a nuestros hijos el plan de salvación para que ellos también sean parte de él.

Señor Dios, gracias porque, a pesar de que no somos fieles, Tú eres fiel; gracias porque nos has perdonado a pesar de nuestra desobediencia. Gracias, porque a pesar de conocer de antemano que te íbamos a fallar, Tú nos llamaste por medio del Evangelio y nos guardas por medio de tu Palabra y el Espíritu Santo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Muéstranos Señor Tus caminos - HL #839)

Muéstranos, Señor Tus caminos. Enséñame tus sendas andar
Muéstranos, Señor Tus caminos. Enséñame tus sendas andar
Porque estoy cansado de los míos, y no quiero más errar
Muéstranos, Señor Tus caminos. Enséñame tus sendas andar.

2 de noviembre

Texto: Deuteronomio 31:30-32:27

La obra perfecta de Dios

“Él es la Roca, cuya obra es perfecta. Porque todos sus caminos son rectitud, Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él. Es justo y recto” (Deuteronomio 32:4).

Dios inspiró a Moisés a escribir este cántico. Es un poema hermoso en la cual se describe la obra de Dios en favor de su pueblo y debía ser enseñado a las generaciones que no conocieron las obras gloriosas de su creador. El Antiguo Testamento contiene la historia de las promesas que fueron cumplidas con la venida de Jesús a nuestro mundo a rescatar al hombre caído. El Nuevo Testamento nos relata el cumplimiento de esas promesas del Salvador.

El Espíritu Santo inspiró a los escritores bíblicos para que plasmaran su obra y la enseñaran a todas las generaciones. En el Antiguo Testamento están las promesas de ese Salvador que vendría a nuestro mundo para salvar a la humanidad caída por el pecado. El Nuevo Testamento nos relata el cumplimiento de esas promesas. A pesar de las muchas rebeliones de su pueblo, Dios no los abandonó, los llevó a la Tierra Prometida. Nosotros hemos fallado a Dios, hemos sido rebeldes, sordos a su Palabra. Sin embargo, por la misericordia de Dios, no hemos recibido el castigo que merecíamos. Él castigó a su Hijo inocente en la cruz del Calvario. Cristo nos reconcilió con el Padre perdonándonos nuestros pecados. Él sufrió el justo castigo de Dios por ti y por mí y toda la humanidad. Queremos permanecer firmemente fundamentados en Él y ser hallados en Él.

Gracias, Señor, porque tus obras son perfectas y justas. Guíanos siempre por tus caminos de rectitud, se Tú nuestra ayuda, ya que sin ti no podemos. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Roca de la Eternidad – HL #899, estr.1)

Roca de la Eternidad, fuiste abierta para mi
Se mi escondedero fiel. Solo encuentro paz en ti
Eres puro manantial en el cual lavado fui.

3 de noviembre

Texto: Deuteronomio 32:28-52

Dios es fiel, cumple sus promesas

“Verás, por tanto, delante de ti la tierra, mas no entraraás allá, a la tierra que doy a los hijos de Israel” (Deuteronomio 32:52).

Esta porción de las Escrituras tiene mucho que enseñarnos. Moisés fue un gran líder, supo guiar al pueblo de Israel a la Tierra Prometida. Pero, lamentablemente, por causa de su desobediencia no pudo entrar en ella. Dios le permite verla de lejos. Esto nos enseña las consecuencias de nuestras decisiones. No debemos tomar decisiones enojados, ya que la ira ciega. Moisés no santificó a Dios entre los hijos de Israel, y esto tuvo las consecuencias ya descritas.

Dios es tan misericordioso que no abandonó a Moisés por este pecado. Siguió guiándole y lo disciplinó por su falta. Su castigo fue no poder entrar en la tierra prometida, pero entró en una tierra mejor, en la presencia eterna de Dios. Dios es santo y justo, fiel a sus promesas. Su gracia nos asegura que, aunque perdamos oportunidades aquí en la tierra, por el perdón de pecados que nos ganó nuestro Señor Jesucristo, tú y yo tenemos la esperanza de entrar en la Tierra Prometida, la vida eterna. Él nos guía y sostiene.

Padre celestial, gracias por perdonar nuestros pecados, gracias porque perdonas nuestra desobediencia. Ayúdanos a no tomar decisiones airados. Gracias por tu promesa de la herencia de la vida eterna, hecha realidad en Cristo Jesús, en cuyo nombre oramos. Amén.

(Cristo Salvador, sé mi guiador – HL #894, estr.1)

Cristo Salvador, sé mi guiador
En la senda de esta vida
A la patria apetecida
¡Nuestro galardón nos espera en Sión!

4 de noviembre

Texto: Deuteronomio 34:1-12

Dios cumple su juramento

“Y le dijo Jehová: Esta es la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá” (Deuteronomio 34:4).

Cuando leo este pasaje, no puedo evitar pensar en lo que es nuestra vida de afanes; al final de nuestros días solo queda contemplar lo que hemos hecho. Algunos no llegan a ver o disfrutar el fruto de sus esfuerzos. El pecado nos ha limitado. La muerte interrumpe nuestro trabajo. Moisés había cumplido su trabajo de guiar al pueblo de Israel hasta la tierra prometida. Jehová se la mostró y le recordó el juramento que había hecho a los antepasados de Moisés. El final de la historia no es como esas historias de amor, en donde todos terminan felices. La sentencia de Dios es *“Te he permitido verla con tus propios ojos, mas no pasarás allá”*.

Dios es soberano, su Palabra crea y sostiene todas las cosas. Acompañó a Moisés y al pueblo de Israel durante el Éxodo. Y luego lo acompañó al Éxodo celestial, al verdadero descanso. Moisés vio la tierra que Dios había prometido dar a Abrahám, Isaac y Jacob. Con esto aprendemos una gran verdad: Dios nunca olvida lo que promete. Aunque Moisés no entró, el pueblo sí lo haría. Así como Israel vio cumplida la promesa y el juramento de Dios, nosotros podemos descansar en sus promesas. Él ha prometido darnos la vida eterna en Cristo Jesús; nos ha perdonado nuestros pecados y ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo, y nada nos separará del amor de Cristo. Dios cumple sus juramentos en Cristo Jesús.

Gracias Señor Dios, porque tú cumples tus juramentos. Prometiste enviar un Salvador y en Cristo se cumplió esa promesa. Has prometido darnos la vida eterna, nuestra tierra prometida, la Jerusalén celestial. Gracias porque tus promesas son fieles. En el nombre de Jesús. Amén.

(Preciosa herencia otorga Dios - HL # 547)

Preciosa herencia otorga Dios al hombre en la Palabra
Y nuestro empeño debe ser, al mundo proclamarla
Nos guía en el vivir. Sostiene en el morir. Concédenos,
Señor, leerla con amor, guardar sus enseñanzas.

5 de noviembre

Texto: Jeremías 1:1-19

Dios es quien nos libra, quien nos salva

“Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte” (Jeremías 1:19).

Jeremías fue llamado para ejercer su ministerio en una época bastante difícil, crítica. El pueblo de Israel estaba pasando por una decadencia política, moral, y religiosa que terminó con el exilio a Babilonia. La maldad era mucha; Israel se desvió, dejó la adoración al verdadero Dios y se fue tras dioses extraños. Este pueblo era hostil con los profetas. En medio de este caos, Dios revela a Jeremías lo que acontecería y lo que tendría que enfrentar. Allí le hace la promesa: “pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, para librarte”.

Buenas palabras, usadas en la imposición de manos a nuevos pastores. Ya que ellos van a enfrentar batallas que no podrán afrontar solos. Es bueno recordar las palabras de esta promesa y hacerlas nuestras en la vida diaria, en las vocaciones en la que Dios nos ha llamado, ya sea como padres, esposos, servidores públicos, maestros, profesionales, etc. En esos momentos en que las fuerzas flaquean y creemos que no podemos seguir, allí esta Dios con sus promesas: “*Yo estoy contigo para librarte*”, Él pelea por nosotros. Sepamos que estas promesas son nuestras a partir de nuestro Bautismo, en el cual recibimos el perdón de Jesús y su promesa: “Yo por mi parte estaré con ustedes hasta el fin del mundo”. Así como libró a Jeremías en medio de ese pueblo rebelde, Él nos libra a nosotros en medio de las tribulaciones y pruebas. En Cristo Jesús Dios nos ha dado la victoria sobre el pecado y la muerte y la condenación eterna. Dios nos libra y salva.

Amado Dios, gracias por tu ayuda constante, sin ti no podemos luchar contra las adversidades y las tribulaciones. Gracias por tus promesas de pelear por nosotros. En el nombre de tu Hijo amado Jesús te damos gracias. Amén.

(Si a nuestro lado Dios no está - HL # 551, estr.1)

Si a nuestro lado Dios no está
Y auxilio no daría
Los enemigos con poder hoy nos confundirían
pues somos un rebaño aquí
Rodeados de amenazas mil que nos destruirían.

6 de noviembre

Texto: Jeremías 3:6-4:2

Aprender de los ejemplos ajenos

“Y dije: Después de hacer todo esto, se volverá a mí; pero no se volvió, y lo vio su hermana la rebelde Judá. Ella vio que, por haber fornicado la rebelde Israel, yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá su hermana, sino que también fue ella y fornicó” (Jeremías 3:7-8).

Hay un dicho popular que dice que nadie aprende de los errores de los demás. En estos pasajes del libro de Jeremías Dios esperaba que Israel, después del castigo de Judá, se volviera a Él en arrepentimiento. Judá actuó livianamente; su arrepentimiento no fue sincero, actuó con hipocresía. El pueblo de Israel había caído en adulterio espiritual y, debido a esto, fue llevado cautivo por los asirios. Judá vio lo que le pasó a Israel, pero en vez de aprender la lección y arrepentirse, siguió pecando. Esto nos enseña que cuando vemos las consecuencias del pecado de otro debemos tomarlas como advertencia para no repetirlo.

San Pablo escribe: *“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”* (1 Corintios 10:11). Aquí Jeremías describe al pueblo de Israel y Judá como esposas infieles. Nuestro Señor Jesucristo, en contraste, es el esposo fiel que nunca abandona a su pueblo. Donde Israel falló, Cristo permanece fiel. Israel y Judá nos muestran la infidelidad del corazón del hombre. Pero Cristo nos muestra la fidelidad de Dios. Donde ellos fallaron, Cristo triunfa. Donde nosotros merecíamos el juicio de Dios, Él fue declarado culpable y sufrió nuestro castigo. Él es el esposo fiel que entrega a nosotros, su iglesia, todo lo que es de Él, perdón, vida y salvación.

Gracias, Padre celestial, por ser nuestro padre fiel, ayúdanos a ser fieles y seguirte a Ti. Se tú nuestro auxilio, ayúdanos a no apartarnos de Ti. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Necios dicen con sus labios – HL # 853, estr.1)

Necios dicen con sus labios, al fiel Dios le adoramos.
Pero ellos maliciosos, lo niegan con sus actos.
La mente corrompida está, aborrecible a Dios será,
El bien nadie practica

7 de noviembre

Texto: Jeremías 5:1-19

Grande es el amor de Dios

“Aunque digan: Vive Jehová, juran falsamente” (Jeremías 5:2).

En estos pasajes, las Escrituras nos muestran un cuadro vívido, el pueblo había caído en la decadencia espiritual al extremo de haber abandonado a Dios e ir tras otros dioses que sus padres no habían adorado. No había hombre que hiciera justicia, que buscara la verdad. Juraban falsamente usando el nombre de Dios en vano.

A pesar de haber sido instruidos en la ley dada a Moisés y enseñada a toda la congregación, no hacían caso de este mandato: *“Y estas palabras yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón, y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”* (Dt 6:6-7). En medio de este diagnóstico que hace Dios acerca del pueblo de Israel, el pueblo escogido, hay esperanza. Dice Dios: *“No obstante, en aquellos días, dice Jehová, no os destruiré del todo”*. Por la misericordia de Dios y por amor a su pueblo, no fueron destruidos, aunque, por supuesto, recibieron el castigo por su rebelión. Tú y yo hemos sido rebeldes en otro tiempo. El precio por nuestra rebelión lo pagó Cristo Jesús. En la cruz su sangre derramada fue el precio de nuestra salvación. Por la misericordia de Dios hemos alcanzado el perdón logrado por Cristo Jesús. Ese perdón es dado a nosotros en el sacramento de la Santa Cena, en la cual Cristo nos da su cuerpo y sangre para darnos perdón, vida y salvación.

Señor Jesús, ayúdanos a no usar tu nombre en vano, recordando lo que dice tu Palabra: invócame en el día de la angustia y yo te responderé. Gracias, oh, Dios, por tratarnos con misericordia. En tu precioso nombre oremos. Amén.

(¿Quien espera vida feliz? – HL #1026, estr.1)

¿Quién espera vida feliz tener con Dios eternidad?
Diez mandamientos cumplirás. De Dios es su voluntad.
¡Piedad Señor!

8 de noviembre

Texto: Jeremías 7:1-29

Nuestra confianza está en Dios y su Palabra

“¿Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones?” (Jeremías 7:10).

El pueblo abusaba de la gracia de Dios haciendo toda clase de maldades; adoraban a dioses falsos, les ofrecían sacrificios, y luego iban al templo para “adorar a Dios”. Creían que con ir al templo quedaban libres de castigo. Usaban el templo como refugio; pero como refugio de ladrones. Por medio de Jeremías, Dios dijo que serían echados de su presencia y que no escucharía sus oraciones. Dios decretó juicio contra ese pueblo rebelde.

Esta historia no es extraña para nosotros en la actualidad. Existen personas muy religiosas, como los antiguos, que cometen toda clase de pecados, y luego van a la iglesia a confesar sus pecados y hacer “satisfacción por su culpa”, y con eso creen que ya son librados del castigo eterno. Luego regresan y continúan con sus mismas prácticas. No hay un arrepentimiento sincero; no hay cambio en ellos, confían en un acto externo que supuestamente los salva. Dios nos llama al arrepentimiento por medio de la Palabra de ley que nos confronta, nos dice: *“Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien”* (v. 23). Cada domingo escuchamos su Palabra de absolución y recibimos su Santa Cena para el perdón de nuestros pecados. Al finalizar el Servicio, somos enviados al mundo a compartir lo que hemos recibido, confiando en las promesas de Dios. Nuestra confianza no está en el templo, está en Cristo Jesús y su Palabra, el autor y consumidor de nuestra fe.

Padre celestial, te damos gracias por tu Palabra de ley y de Evangelio, que es una lámpara que alumbra nuestros caminos. Ayúdanos a andar en tus sendas. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesús. Amén.

(Señor, haz que tu Palabra – HL #850)

Señor, haz que tu Palabra transforme hoy nuestras vidas.
Queremos caminar con rectitud siempre en tu luz.

9 de noviembre

Texto: Jeremías 8:18-9:12

Tristeza vivida

“A causa de mi fuerte dolor, mi corazón desfallece en mí “ (Jeremias 8:18).

Jeremías se siente muy apesadumbrado por la tristeza, al ver a su pueblo obstinado en no querer oír la voz de Dios por medio de él, que los llama al arrepentimiento. Son escenas muy vívidas que narra el profeta, todo esto describe o refleja lo que siente: un fuerte dolor. Jeremías no era alguien que no se identificara con su pueblo, él se veía afectado por la rebeldía de ellos. Su dolor refleja el corazón de Dios, que también siente y le duele la dureza humana.

Jeremías carga emocionalmente con lo que les sucedería, comparte su angustia. Así como Jeremías no se apartó del sufrimiento de su pueblo, Cristo también se lamentó por Jerusalén. Su clamor por ellos dice: *“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”* (Mt 23:37) Jesús llora por Jerusalén, por su obstinación en rechazar a los mensajeros que venían de parte de Dios, que buscaban su bienestar, su salvación de la ira venidera. Jeremías sufre por el pecado y la ruina de su pueblo. Tiempo más tarde, Jesús lleva ese mismo pesar y dolor, declarados allí en Mateo, no solo como profeta, sino también como Salvador. Jesús se hizo hombre y en su humanidad pudo sufrir y experimentar el dolor que le causa la resistencia del hombre a su llamado a venir a Él. Su corazón pastoral busca al perdido y lo recibe. En el Bautismo somos perdonados y recibidos como hijos de Dios, nacidos de nuevo, herederos de su reino, juntados como pueblo en su iglesia.

Gracias, Jesús, por tus amargos sufrimientos por nosotros; infinitas gracias porque tú pagaste el precio de nuestras rebeldías. Gracias por tu misericordia. En tu nombre oramos. Amén.

(Necios dicen con sus labios - HL # 853, estr.6)

Al pobre pueblo de Sión,
¿alguien podrá salvarlo?
Dios mostrará su compasión,
vendrá a libertarlo.
Por Cristo, su Hijo, lo obrará,
Y así Jacob se alegrará,
Que es Israel, su siervo.

10 de noviembre

Texto: Jeremías 11:1-23

Cristo nuestro intercesor perfecto

“Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque yo no oiré en el día que en su aflicción clamen a mí” (Jeremías 11:14).

El pueblo de Judá había caído en la idolatría; había roto el pacto. A causa de esto, Dios prohíbe a Jeremías que ore e interceda por ellos, lo que significa que ya el juicio sería inevitable. Dios muestra que la rebeldía puede llegar a un punto tal que el corazón se endurece, y la oración no es escuchada. El pecado cierra o bloquea la oración. Sin un arrepentimiento genuino, el clamor en la aflicción carece de la base del pacto.

En Cristo Jesús, el pecado es quitado y el acceso a Dios se abre. Cuando Jesús murió, el velo del templo se rasgó, abriendo el acceso al Padre. El velo que nos separaba por el pecado fue quitado. Cristo subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios intercediendo por nosotros. En Cristo, tú y yo podemos tener la plena confianza de que nuestras oraciones serán escuchadas y Dios responderá a ellas según su voluntad. Cristo es nuestro mediador perfecto. Lo que dice Dios en Jeremías, *“no escucharé”*, en Cristo Jesús dice: *“siempre te escucharé en el día de tu aflicción”*. Mientras que en Jeremías la intercesión fue detenida por el juicio, hoy tenemos en Cristo la respuesta definitiva. Él es el mediador de un nuevo pacto otorgado a nosotros en el Bautismo, que no se basa en nuestro cumplimiento perfecto, sino en su justicia. Mientras que en este pasaje el pecado bloqueó la intercesión, tú y yo tenemos el privilegio de que Jesús intercede por nosotros constantemente. Podemos acercarnos al trono de la gracia con confianza, no porque seamos perfectos, sino porque Cristo ya pagó por nuestros pecados.

Gracias Señor porque, por medio de tu Hijo Jesucristo, tenemos acceso a ti. Gracias porque tú siempre oyes nuestras oraciones. Oramos en nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, que amigo no es Cristo! – HL #880, estr.1)

¡Oh que amigo no es Cristo
Él llevó nuestro dolor
y nos manda que llevemos
Todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto
De paz y gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos
Todo a Dios en oración.

11 de noviembre

Texto: Jeremías 20:1-18

Triste lamento

“¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastasen en afrenta?” (Jeremías 20:18).

Este es un lamento que sale de las entrañas de alguien que sufre intensamente, que se lamenta de haber nacido. Jeremías siente mucho dolor; le duele ver que su trabajo parece en vano por la terquedad de la gente que no quiere oír el mensaje de Dios. Sus amigos, de quienes quizás esperaba ayuda, lo defraudaron. ¡Qué triste realidad!

Me recuerda a una anécdota que leí hace mucho tiempo sobre un pastor que siempre se quejaba de cómo lo trataba la congregación. Él fue a casa de un pastor vecino y le contó lo que le estaba sucediendo. Y en medio de la conversación, el pastor amigo le preguntó: “¿Te han escupido en la cara?” “No”, respondió. “¿Te han azotado?” “No”, respondió. “¿Te han colocado una corona de espinas?” El pastor no contestó. El pastor amigo le dijo: “A mi Señor y a tu Señor los trataron de la misma manera, y sin embargo no abrió la boca”. Jesús fue acusado injustamente por testigos falsos y callaba; ante Pilato no respondió nada. Le pusieron una corona de espinas y lo escarnecieron, y en todo callaba. Sufrió todo esto por amor a ti, a mí y a toda la humanidad. Jesús sufrió el cruel castigo por nosotros para salvarnos de nuestros pecados. En Cristo el sufrimiento se convierte en instrumento de su gloria. Mientras Jeremías se siente abatido, Jesús nos muestra que el final no es la muerte, sino su victoria en la resurrección. Jeremías se sintió derrotado, pero, siglos después, Cristo vivió el dolor máximo en la cruz para que tu sufrimiento no fuera el final de nuestra historia. Mientras Jeremías preguntaba *“¿Para qué salí del vientre?”*, Jesús respondió: *“Para esto he venido”*. Miremos a Jesús como aquel que da sentido incluso a nuestros días más oscuros.

Gracias, oh, Dios, porque en medio de nuestras tormentas de desánimo tu nos recuerdas en tu Palabra que debemos alabarte aun en medio de los sufrimientos. Danos fortaleza cuando nos sintamos desanimados por el rechazo del mundo. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Afligido y castigado – HL #475 estr.2)

Digan los que así lo miran: ¿Quién sufrió castigo igual?
Sus amigos le abandonan, y enemigos le hacen mal.
Muchos son los que le hieren, nadie a su socorro va;
Pero el golpe que mas duele la justicia se lo da.

12 de noviembre

Texto: Jeremías 22:1-23

¿Cómo quieres que te recuerden?

“¿Reinarás, porque te rodeas de cedro? ¿No comió y bebió tu padre, e hizo juicio y justicia, y entonces le fue bien? Él juzgó la causa del afligido y del menesteroso, y entonces estuvo bien. ¿No es esto conocerme a mí? dice Jehová” (Jeremías 22:15-16).

En algunas culturas se tiene por costumbre colocar epitafios en las tumbas de un familiar fallecido. Estos escritos revelan en pocas palabras los méritos que el difunto tuvo en su vida; responden a la pregunta: ¿Para qué vivió?, o, ¿Qué hizo? El padre de este rey fue recordado por Dios como alguien que hizo justicia y en él le fue bien; conoció a Dios y anduvo en sus caminos.

El deseo de Dios es que conozcamos a su Hijo; su perdón para nosotros es donde está el verdadero bien. Con Él como nuestro Señor, podemos vivir confiando en que seremos recordados como hijos bautizados de Dios. Nuestro epíteto revela la razón por la cual vivimos y deseamos ser recordados: *“Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para Él, que murió y resucitó por ellos”* (2 Co 5:15). Recuerdo la historia de una mujer que había mostrado un gran ejemplo de fe, gozo y servicio cristiano. En las paredes de su apartamento se leían tres pasajes de las Escrituras: Efesios 2:8, 1 Corintios 6:20, y el tercero, el que más llamaba la atención, era: *“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”* (Ap 2:10). Este es nuestro propósito para ser recordados.

Señor Jesús, gracias por darme una razón para ser recordado. Gracias porque tú nos conduces a conocer a Tu padre y vivir de acuerdo a su voluntad. Ayúdanos a vivir la vida que te agrada a ti. En tu nombre oramos. Amén.

(Según tu dicho y voluntad – HL #723, estr. 6)

Y cuando fallezca al fin
y llegue a sucumbir,
Jesús que en gloria eterna estás,
Acuérdame de mí.

13 de noviembre

Texto: Jeremías 23:1-20

Dios llama y da buenos pastores

“Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová” (Jeremías 23:3-4).

El pueblo de Israel había sido dispersado a causa de sus pecados, su rebeldía y la negligencia de sus líderes. El Señor promete no solo reunir a sus ovejas, sino también llevarlas a pastos donde puedan comer, crecer y multiplicarse. Dios promete levantar pastores fieles que apacienten con fidelidad, es decir, líderes espirituales que reflejen el corazón de Buen Pastor Jesús. En la iglesia, Cristo da pastores y maestros para cuidar de su rebaño. La tarea verdadera de un pastor es guiar al rebaño hacia Cristo, no hacia el hombre.

En Cristo hallamos seguridad; en este mundo lleno de incertidumbre, el rebaño vive bajo su cuidado. Descansamos en la promesa de que Dios pondrá sobre nosotros pastores que nos apacienten y la seguridad de Cristo de que nada puede arrebatarlos de su mano. Jesús dijo: *“Así como el Padre me conoce y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por las ovejas”* (Jn 10:15). Jesús dio su vida por sus ovejas para perdonarlas y reconciliarlas con Él. Dios nos dio a ese gran pastor que se sacrificó para que tuviéramos vida.

Señor Jesús, nuestro Buen Pastor, gracias porque cuando estábamos perdidos tú nos encontraste, enviando pastores a rescatarnos. Ayúdanos a crecer en tu Palabra y a vivir seguros bajo tu cuidado. Bendice a los pastores que has puesto en nuestra iglesia y guíalos para que nos lleven a los verdes pastos, por amor a tu nombre. Amén.

(Cristo, Tú, mi fiel Pastor – HL # 729, estr.1)

Cristo tu mi fiel pastor
Me alimentas por tu amor:
Mi alma ya saciada está
Con tu celestial maná.

14 de noviembre

Texto: Jeremías 23:21-40

Lo falso versus lo verdadero

“El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová” (Jeremías 23:28).

En este pasaje, Dios confronta a los falsos profetas que hablaban de visiones que estaban en sus corazones y eran mentiras; no eran la Palabra verdadera del Señor. Esta pregunta retórica, “¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?”, nos señala el contraste entre lo falso y lo verdadero, lo útil y lo inútil. La paja y el trigo tienen en común el campo donde fueron sembrados, pero la paja es liviana y sin sustento, se quema fácilmente. El trigo, en cambio, es alimento, sustento, vida. Las palabras del hombre sin respaldo de Dios son paja; en cambio, la Palabra de Dios es trigo que nutre y transforma. En aquel tiempo, el pueblo necesitaba aprender a distinguir entre las voces engañosas y la voz del Señor su Dios.

Nosotros hoy también tenemos que aprender a tener discernimiento espiritual, porque no todo lo que suene “espiritual” o “bonito” es trigo verdadero. El resultado de lo verdadero es que las ovejas *“crecen y se multiplican”* porque están seguras. En Juan 10:11, Jesús declara: *“Yo soy el buen pastor”*. A diferencia de los falsos profetas de Jeremías, que dispersan, Jesús da su vida para reunir. Nos reúne como iglesia en donde nos apacienta, alimenta, y recibimos perdón, vida y salvación bajo el cuidado del Buen Pastor Jesús.

Señor, enséñanos a distinguir entre la paja y el trigo, que no nos dejemos engañar por voces humanas sin sustento. Haz que tu verdad sea nuestra verdad, nuestra guía, alimento y fuerza. Concedemos esto, Señor, te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Tu Palabra ¡Oh, Santo Dios! – HL Himno #840, estr.1)

Tu Palabra ¡oh, Santo Dios!
es del cielo el magno don.
Que me enseña con verdad
Tu divina voluntad;
y me dice lo que soy,
de quien vine y a quien voy.

15 de noviembre

Texto: Jeremías 25:1-18

Guerra avisada no mata soldado

“y no vayáis en pos de dioses ajenos, sirviéndoles y adorándoles, ni me provoquéis a ira con la obra de vuestras manos; y no os haré mal. Pero no me habéis oído, dice Jehová, para provocarme a ira con la obra de vuestras manos para mal vuestro” (Jeremías 25:6-7).

“Guerra avisada no mata soldado”, es un dicho que mis antepasados solían repetir cuando nos advertían de algo malo que estábamos haciendo y que, de continuar en eso, recibiríamos un castigo, como resultado de la desobediencia. El profeta Jeremías advirtió al pueblo de Israel durante aproximadamente 23 años, hablándoles desde hacía mucho tiempo. Del mismo modo, Dios había enviado también a otros profetas, pero el pueblo, en vez de escuchar, había cerrado sus oídos a los llamados de arrepentimiento. El castigo era inminente por su rebeldía, lo que les esperaba era la deportación. El Señor utiliza a un rey pagano y lo llama su siervo para cumplir con su advertencia de castigo. Al cumplirse los 70 años, Dios iba a castigar a ese rey por su maldad.

Nosotros un día fuimos sordos al llamado de Dios, rechazábamos a los que venían a nosotros, pero Dios tuvo misericordia; no nos trató conforme a nuestras obras. Nos perdona y nos reconcilia con Él mediante el sacrificio de Cristo. Él fue el instrumento del perdón, y ese perdón se alcanza por medio de la fe en su obra salvífica. San Pablo dice *“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef 2:5).*

Señor Jesús, gracias por tu amor incondicional para con nosotros. Gracias porque por medio de la predicación de tu Palabra abriste nuestros oídos para que pudiéramos oír tu verdad revelada en el Evangelio. Te damos gracias en tu nombre. Amén.

(En nuestra oscuridad – HL #777)

En nuestra oscuridad,
enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor.
En nuestra oscuridad,
enciende la llama de tu amor,
Señor, de tu amor, Señor,
en nuestra oscuridad.

16 de noviembre

Texto: Jeremías 26:1-19

La historia como señal

“yo pondré esta casa como Silo, y esta ciudad la pondré por maldición a todas las naciones de la tierra” (Jeremías 26:6).

En esta oportunidad, Jeremías usa la historia de un hecho ocurrido en el tiempo de Samuel, cuando Israel fue derrotado y tomó el Arca del Pacto y murieron los dos hijos de Eli (1 S 4:11). En Silo había sido erigido el tabernáculo de reunión después de haber conquistado esa tierra. Jeremías profetiza al pueblo que podrían correr con la misma suerte que Silo, que fue destruida por la infidelidad de ellos. Esta advertencia es una señal histórica. Dios no se limita a símbolos o edificios, lo que busca es un pueblo fiel. La historia de Silo se cuenta como un recordatorio vivo. El pasado no es solo memoria; es una enseñanza para el presente. *“Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Ro 15:4).*

Aunque este mensaje es duro, también es una oportunidad para que el pueblo se arrepienta. Es un acto de misericordia de Dios; Él da tiempo para volverse a Él. Dios hoy sigue enviando mensajeros a contar la historia de la salvación, historia de amor triunfante, la historia de Cristo, el Evangelio de reconciliación. *“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Co 5:19).* La historia no solo advierte, la historia señala que Dios sigue llamando a la reconciliación. Somos sus mensajeros.

Señor Dios, gracias porque la historia nos habla de no confiar en cosas externas, en símbolos vacíos, sino en Jesucristo. Haznos de tal manera que nuestra vida sea aquella que muestre tu amor y verdad. En tu nombre oramos. Amén.

(Grato es contar la historia - HL #1009 estr.1)

Grato es contar la historia Del celestial favor,
De Cristo y de su gloria, de Cristo y de su amor;
Me agrada referirla, pues sé que es la verdad,
Y nada satisface cual ella mi ansiedad

17 de noviembre

Texto: Jeremías 29:1-19

Los pensamientos de Dios

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Jeremías 29:11).

Este es un mensaje de esperanza dirigido al pueblo de Dios que se encontraba en el exilio. Era reconfortante para ellos saber que Dios tenía planes para su bienestar y no para su mal. Dios no se había olvidado de su pueblo. Este pasaje destaca el conocimiento de Dios sobre todas las cosas presentes y futuras, y nos da la seguridad de que Dios está al tanto de nuestras vidas.

Algo muy importante aquí es que Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros; aun cuando nos sucedan cosas que no entendemos, Él está en control. ¡Sus caminos son más altos que nuestros caminos, Él nos lleva por sendas por amor a su nombre y la senda principal es la del perdón de pecados! Podemos dar alabanzas como el salmista: *“¡Cuán preciosos me son, oh, Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; Despierto, y aún estoy contigo”* (Sal 139:17-18). Saber que Dios tiene planes para cada uno de nosotros es un gran consuelo en tiempos de angustia y tribulación. Tenemos sus promesas seguras y Él es fiel y nos dará lo que necesitemos según sus planes y voluntad.

Oh, Padre de misericordia, te damos gracias por los planes que tienes para cada uno de nosotros. Ayúdanos a aceptar tu voluntad en nuestras vidas. Llévanos por la senda de paz. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(La voluntad se cumplirá – HL #941)

La voluntad se cumplirá de Dios omnipotente.
La gracia plena alcanzará quien crea firmemente.
Es siempre Dios, al castigar, benévolo, propicio;
Aquel que sepa en Él confiar no temerá su juicio.

18 de noviembre

Texto: Jeremías 30:1-24

Dios quita el yugo de servidumbre

“En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, yo quebraré su yugo de tu cuello, y romperé tus coyundas, y extranjeros no lo volverán más a poner en servidumbre” (Jeremías 30:8).

El pueblo de Israel estaba sufriendo la opresión, la esclavitud y la servidumbre. Dios, por medio del profeta Jeremías, anuncia la liberación: el yugo será quitado. Dios tiene el poder de romper las ataduras y acabar con la esclavitud. Hay un simbolismo aquí con el cual Dios quiere ilustrar la carga opresiva de nuestros pecados, que es un miedo que da dependencia y nos atrapa. No podemos nosotros mismos romper ese yugo; es Dios mismo quien interviene con su poder. La libertad o liberación no es política o social, es espiritual. Dios es quien restaura la relación rota con Él.

En el Nuevo Testamento, Jesús dice: *“Mi yugo es fácil, y ligera mi carga”* (Mt 11:30). Cristo quitó el yugo que nos mantenía atados. La promesa que Dios da a Jeremías señala la obra de Cristo en la cruz, donde las cadenas del pecado quedaron rotas. En Cristo ya no estamos bajo el poder de otro señor, sino bajo el señorío de Jesús, quien nos gobierna bajo su reino de amor. En Cristo está nuestra esperanza, porque, el día en que regrese, toda opresión terminará, porque Él establecerá su reino eterno.

Señor Jesús, tú eres el cumplimiento de las promesas de Dios. Tu quebraste el yugo de la esclavitud, nos diste libertad para vivir como hijos del Padre amado. Te pedimos que nos guardes en esa libertad por medio de tu Palabra y el Espíritu Santo, nuestro guía. En tu nombre oramos. Amén.

(Perdón de mis pecados HL #639)

Perdón de mis pecados, la paz del corazón,
La vida en alegría debo a ti, mi buen Dios.
Triste, Señor, sin Ti el mundo es,
Sin alegría, sin la fe y sin amor.
Si solo estoy sin fuerza, sin vigor,
A donde iré, si no es a Ti, Señor.

19 de noviembre

Texto: Jeremías 31:1-17, 23,30

El cuidado de Dios

“Y así como tuve cuidado de ellos para arrancar y derribar, y trastornar y perder y afligir, tendré cuidado de ellos para edificar y plantar, dice Jehová” (Jeremías 31:28).

Hay un refrán popular que dice: “Quien no quiere, no disciplina”. Y la Escritura dice *“Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo”* (Heb 12:6). Como hijos somos disciplinados, porque el pecado tiene consecuencias, arranca, derriba aflige, destruye. El cuidado del Señor no es diferente; Él vigila y corta para que el hombre no permanezca en la rebelión. Podemos ver un ejemplo. Un padre no puede regalar a su hijo de tres años una navaja para que juegue, aunque el niño llore y patalee. El niño probablemente dirá: “tú no me quieres”. No es así. El padre no quiere que el niño se haga daño y cuida de él.

Dios cuida a sus hijos. Ese Dios que disciplina promete edificar y plantar. El cuidado de Dios no acaba en juicio. Dios cuida de sus hijos levantándolos, dándoles nueva vida. En Cristo Jesús vemos la plenitud del cuidado de Dios. Él cargó nuestra culpa en la cruz para perdón de nuestros pecados. Él es el fundamento sobre el cual Dios edifica. En él somos plantados, injertados en la vida verdadera. El padre no deja a sus hijos solos, los forma, los planta y los guarda en su amor eterno.

Gracias, oh, Dios, por tu corrección cuando estamos desviándonos del camino. Ayúdanos a permanecer fieles a ti a pesar de las dificultades que se nos presentan. Ayúdanos a ver los acontecimientos de nuestra vida como correcciones, aunque a veces no estemos de acuerdo con estos eventos. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo. Amén.

(Dame, Señor, la fe – HL #951, estr.1)

Dame, Señor la fe que puede hallar
Señales de tu amor donde quiera esté;
Las pruebas y el dolor podrán llegar,
Mas en mi fe, Señor, descansaré.

20 de noviembre

Texto: Jeremías 33:1-22

Dios nos enseña cosas ocultas

“Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3).

El pueblo de Israel estaba en cautiverio, sufriendo el juicio anunciado por boca de Jeremías. Su terquedad, su pecado, los llevó a estar en esta situación; estaban bajo disciplina por su desobediencia. Necesitaban escuchar palabras de aliento; ellos no podían entender los caminos de Dios. Estas palabras, *“Clama a mí y yo te responderé”*, son una invitación con promesa: confiar en Dios en tiempos difíciles, sabiendo que Él tiene planes de restauración y bienestar. Es la respuesta al clamor del hombre. Dios no solo nos escucha, sino que responde con revelación y nos muestra su poder de restauración. Dios promete reconstruir a Jerusalén, curarla y convertirla en motivo de alegría. Dios sería alabado.

Dios revela lo oculto; hará brotar un renuevo de justicia que hará juicio y justicia en la tierra. La promesa cumplida es Cristo. En Él se cumplen las cosas ocultas. En Él se cumplen las promesas anunciadas por Jeremías. Cristo es la respuesta a nuestro clamor. En Él conocemos los misterios de Dios *“a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”* (Col 1:27). Cristo abre nuestros ojos para ver lo que antes estuvo oculto: el amor de su Padre. *“Clamar a mí”* es una invitación activa. Dios quiere que clamemos en oración. Él promete contestar, no como lo imaginamos o a nuestra manera, sino según su voluntad. Finalmente, Jeremías 33:3 nos recuerda que lo oculto no es invisible, sino revelado para los que claman a Dios y confían en sus promesas.

Gracias, oh, Señor, por revelarnos lo oculto por medio del evangelio y perdonarnos de nuestros pecados. Gracias por escuchar nuestro clamor. Ayúdanos a esperar en ti y confiar en tu voluntad. En el nombre de Jesús. Amén.

(Te busco Señor – HL # 677)

Te busco Señor, te ruego, Señor
Clamo a ti, óyeme.
Te busco Señor, te ruego, Señor,
Ven, escucha mi voz

21 de noviembre

Texto: Jeremías 37:1-21

La intercesión acto Divino

“Y envió el rey Sedequías a Jucal hijo de Selemías, y al sacerdote Sofonías hijo de Maasías, para que dijese al profeta Jeremías: Ruega ahora por nosotros a Jehová nuestro Dios” (Jeremías 37:3).

El pueblo y el rey se encontraban en una profunda crisis. La ciudad estaba sitiada por los caldeos. El rey había pedido ayuda al faraón de Egipto, pero cuando el faraón se enteró de que los caldeos tenían sitiada a Jerusalén, se retiraron de la ciudad y regresaron a su tierra en Egipto. El rey Sedequías dice a Jeremías: *“Ruega ahora por nosotros a Jehová nuestro Dios”*. En un acto de reconocer que solo Dios puede salvar, hace ese ruego. Dios en su Palabra nos recuerda: *“Clama a mí y yo te responderé” (Jer 33:3)*. Dios no nos deja solos; puede usarnos como intercesores en momentos de aflicción. El acto de intercesión es un acto de cuidado divino. Es alguien que se pone en la brecha para que el pueblo reciba su gracia.

Jesús es el intercesor perfecto. Él es el cumplimiento de esa necesidad. Él es el sumo sacerdote que intercede por nosotros. Es el mediador entre Dios y los hombres (1 Ti 2:5). Su sacrificio en la cruz del Calvario es la intercesión final, allí no solo ruega, allí entrega su vida para reconciliarte a Dios. De esta manera, pues, confiamos y descansamos en Cristo como nuestro eterno intercesor. En Cristo la intercesión se convierte en seguridad eterna.

Gracias, Señor Jesús, por ser nuestro perfecto intercesor ante el Padre. Gracias por tu amor para con nosotros. En tu nombre oramos. Amén.

(Señor, oramos ahora - HL #673, estr.1)

Señor, oramos ahora
Por los que afuera
no tienen la luz,
no tienen la luz

22 de noviembre

Texto: Jeremías 38:1-28

La voz que debemos oír

“Y dijo Jeremías: No te entregarán. Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás” (Jeremías 38:20).

A la gente le gusta oír lo que le agrada. Nuestra tendencia es cerrar los oídos a la verdad y escuchar lo que nos conviene. Es como un paciente que ignora la voz del médico y sigue sus hábitos dañinos. El rey Sedequías estaba rodeado de consejeros que lo llevaban a la ruina. Así nosotros muchas veces preferimos oír las voces que nos confunden, porque hay voces de miedo, de orgullo, de pecado. Los consejeros del rey lo confundieron y mandaron echar a Jeremías en la cisterna que estaba en el patio de la cárcel. Las voces de los consejeros eran voces de orgullo; no querían pasarse a los caldeos para sobrevivir; su orgullo no les permitía oír esa voz de esperanza.

Jeremías le asegura al rey: *“Si oyes la voz de Jehová, te irá bien y vivirás”*. Dios aquí no habla para condenar, sino para salvar. La voz de Dios da una promesa de salvación en medio del juicio. Dios envía su Palabra por medio de mensajeros para traer esperanza y dirección. Cristo es la voz del Evangelio; son las Buenas Noticias de Dios. Es la Palabra hecha carne. En Cristo la voz de Dios se hace clara y cercana. Cristo nos asegura, a ti, a mí y a todos: *“El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida”* (Jn 5:24). Cristo es la voz que tenemos que oír porque en Él está la verdad y la vida eterna.

Padre celestial, te damos gracias porque, en medio de la confusión de voces que escuchamos a diario, tú nos das tu Espíritu Santo para que podamos discernir la voz verdadera, que es Cristo Jesús, que nos guía y nos ayuda a vivir en seguridad divina y esperanza eterna. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

(Voz de la cruz que llama – HL #637 estr.1)

Voz de la cruz que llama: a Cristo ven.
Voz tierna compasiva: a Cristo ven.
Hoy es tiempo acepto, hoy salvará;
¡Oh!, debes conocerle: ven pecador.

23 de noviembre

Texto: Daniel 1:1-21

La gracia y la buena voluntad de Dios

“Y puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos” (Daniel 1:9).

Daniel y sus tres compañeros, Ananías, Misael y Azarías, fueron llevados cautivos lejos de su tierra. El rey exigía que fueran educados durante tres años bajo las normas de su cultura y moldeados a su manera. El rey buscaba imponer una identidad ajena al pueblo de Dios. En medio de esta tensión, Dios interviene. Él pone gracia y buena voluntad en el corazón del eunuco. Daniel pide al jefe de los eunucos que no los obligue a contaminarse. Una solicitud que parecía imposible, ya que el eunuco temía al rey, y su desobediencia podía costarle la vida; como castigo podrían cortarles la cabeza.

He aquí la intervención divina. Dios abrió las puertas donde parecía imposible. La gracia de Dios no solo sostiene, sino que sobreabunda mostrándonos que su fidelidad es más fuerte que cualquier gobierno humano. El eunuco fue instrumento de Dios para sus propósitos. Es su gracia la que nos sostiene. Él actúa soberanamente derramando su gracia aun en situaciones o circunstancias poco favorables. La gracia de Dios no se limita a lo natural; la gracia es espiritual: “Por gracia sois salvos”. Así como Dios puso a Daniel en gracia y buena voluntad, nosotros también hemos recibido una gracia que sobrepasa todo entendimiento humano. Su gracia nos sostiene. La gracia de Dios no solo nos salva mediante el perdón de nuestros pecados, sino que nos acompaña en nuestra vida como hijos de Dios.

Señor Dios, gracias por tu gracia sobreabundante en medio de nuestras limitaciones. Ayúdanos a valorar esa gracia que tú has derramado en cada uno de tus hijos. Te lo pedimos en nombre de Jesús. Amén.

(Sublime gracia - HL #938, estr.1,2)

Sublime gracia del Señor,
Que a un pecador salvó;
Perdido andaba, El me halló,
Su luz me rescató.
Su gracia me enseñó a vencer,
mis dudas disipó.
¡Que gran gozo siento en mi ser!
Mi vida Él cambió.

24 de noviembre

Texto: Daniel 2:1-23

Dios conoce los pasos de los hombres

“Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz” (Daniel 2:21-22).

Nuestro texto nos recuerda que la historia de la humanidad no está fuera del control de Dios. Los cambios de reyes, los movimientos de poder y las decisiones de los hombres están bajo la soberanía de Dios. Aunque planifiquemos y decidamos por nuestro propio deseo las cosas del mundo, no tenemos dominio absoluto sobre los tiempos ni sobre lo que está oculto. Somos limitados; nuestra capacidad está limitada; no podemos predecir el futuro. Sin embargo, nuestra tendencia es confiar en nuestras propias fuerzas y sabiduría.

Dios conoce nuestros pasos y nos guía. Él no solo gobierna sobre los grandes acontecimientos de nuestra historia, sino que igualmente conoce las debilidades de nuestra vida. Qué gran consuelo es para ti, para mí, saber que tenemos un Dios y Señor de todas las cosas y que él controla el mal del mundo y da la sabiduría a los sabios para beneficio de la humanidad. Los grandes descubrimientos de la ciencia han sido por medio de hombres a quienes el Señor les ha dado el conocimiento de lo que estaba oculto. *“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos” (Ro 16:25).* Dios reveló por medio de las Escrituras de los profetas el misterio que había permanecido oculto: el plan de salvación en Jesucristo. Este misterio, antes secreto, fue dado a conocer a todas las naciones para conducir las a la obediencia de la fe en Jesús, y manifestar así la sabiduría de Dios. La gracia de Dios se manifiesta en que, aunque no entendemos los cambios del tiempo y de las edades, podemos descansar en que Dios nos dirige con propósito, habiendo otorgado a nosotros el perdón y reconciliación con Él. Dios es fiel y nos acompaña en cada paso.

Gracias, oh, Dios, porque conoces nuestros pasos y tú gobiernas los tiempos, las edades. Eres soberano. Ayúdanos a confiar en tu soberanía al ver que todas las cosas suceden para nuestro bien. Gracias en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Una voz invita y llama – HL #387, estr.1)

Una voz invita y llama:
“¡Pronto llega Cristo el Rey!
No camine en las tinieblas,
De tal Redentor, la grey”

25 de noviembre

Texto: Daniel 2:24-49

El Reino que permanece

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

La visión de Nabucodonosor nos muestra la fragilidad de los reinos de los hombres. Por más que aparenten ser fuertes y estables, todos tienen un fin. Nuestros proyectos, por más grandes o ambiciosos que sean, son limitados y efímeros. Hay una tendencia natural a confiar en las estructuras terrenales. A veces en nuestra fuerza o en sistemas que, tarde o temprano, se derrumban. Ningún ser humano puede garantizar seguridad eterna.

La buena noticia es que Dios ha establecido un reino eterno en Cristo. Este reino no depende de fuerza humana o militar, o de sabiduría, sino del poder de Dios. Es un Reino que permanece para siempre, que trae paz y vida abundante. El reino de Dios no es una promesa futura; es una realidad presente: *“porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro 14:17)*. La comida se acaba igual que la bebida, pero la paz y el gozo en el Espíritu permanecen, porque provienen de la justicia de Cristo. En medio de la inestabilidad del mundo, tú y yo podemos descansar en la seguridad de que pertenecemos a su reino porque somos bautizados, Él nos ha perdonado y somos sus amados hijos. Aunque los reinos de este mundo caigan, el reino de Dios permanece firme.

Señor, te damos gracias porque tu reino permanece firme. Gracias, porque tu Evangelio nos llena de esperanza al mostrarnos que en Cristo tenemos un reino inconmovible y lleno de vida en abundancia. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Cristo! Tu ayuda - HL #452, estr.1)

¡Oh, Cristo! Tu ayuda yo quiero tener;
En todas las luchas que agitan mi ser.
Tan sólo Tú puedes la vida salvar,
Tú sólo la fuerza le puedes prestar.

26 de noviembre

Texto: Daniel 3:1-30

En las pruebas salimos victoriosos

“Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios” (Daniel 3:28).

El primer mandamiento de la ley de Dios es: *“No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Ex 20:3)*. Este mandamiento nos prohíbe adorar a otros dioses. Aquí en este pasaje el rey Nabucodonosor había dictado un edicto en el cual todos los habitantes debían postrarse y adorar la imagen que él había levantado, y quien no lo hiciera sería echado dentro de un horno de fuego ardiendo. Los jóvenes fieles a Dios desobedecieron al rey. Esta historia nos recuerda la seriedad del pecado y la presión del mundo en la que se encuentran los jóvenes hoy en día. Un mundo que exige obediencia a ídolos y otros sistemas.

Los apóstoles Pedro y Juan en Jerusalén fueron instigados por las autoridades a que no siguieran enseñando acerca de Jesús. Dice la Biblia: *“Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hch 4:19)*. La fidelidad a Dios es más fuerte que cualquier decreto humano. No debemos temer, ya que el cuidado de Dios sobre sus hijos es inquebrantable. Dios envió a sus ángeles para librar a estos jóvenes del fuego. Y Cristo ha venido para librarnos del fuego del infierno, de la condena eterna, para perdonarnos y reconciliarnos con Él. Jesús mismo está con nosotros y su gracia nos sostiene en muchas de las pruebas. Nos dice su Palabra: *“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese” (1 P 4:12)*. Somos sometidos a pruebas; en ellas salimos victoriosos porque Dios nos acompaña. Aunque las llamas sean intensas, la Palabra de Cristo nos sostiene.

Gracias, Señor, porque cuidas de nosotros en medio de las pruebas. Gracias porque, en medio de la presión del mundo, Tu Palabra nos recuerda que tu presencia nos libra y nos sostiene. Gracias en nombre de Jesús. Amén.

(Mi fe descansa en ti - HL # 877, estr.1)

Mi fe descansa en ti,
Cordero que por mi
Fuiste a la cruz:
Escucha mi oración,
Dame tu bendición,
Llene mi corazón tu santa luz.

27 de noviembre

Texto: Daniel 4:1-37

Las obras de Dios son verdaderas

“Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4:37).

El rey Nabucodonosor se había llenado de soberbia, se llenó de orgullo por haber construido su reino y decía para sí que todo lo construido había sido con las fuerzas de su poder y para su gloria. Dios, en su soberanía, actuó y quitó el reino a Nabucodonosor y le fue enviado el castigo revelado en el sueño e interpretado por Daniel. Ahora, después de haber sido restaurado, Nabucodonosor alaba a Dios y da testimonio reconociendo lo que puede hacer Dios con aquellos que se llenan de soberbia y orgullo por sus obras.

Hay una verdad central aquí. Las obras de Dios son verdaderas y sus caminos son justos. Él puede humillar a los que andan con soberbia. Nabucodonosor pensó que su poder y su reino eran el fruto de su propia grandeza. El estar abatido en el sufrimiento lo llevó a reconocer su fragilidad y dependencia. El pecado de la soberbia, altivez, nos aparta de Dios y nos expone a la disciplina. La buena noticia es que, aun cuando Dios nos humilla, es para corregirnos y lo hace con el propósito de restaurarnos a través de su perdón. Nabucodonosor no quedó destruido, sino que fue levantado para testimonio del juicio y la verdad de Dios. En Cristo, la justicia de Dios no es para condenación eterna, sino para salvación y vida nueva. La justicia de Dios no es fría ni distante; es una justicia que busca nuestra transformación para la gloria de Dios.

Gracias, Señor, porque tus obras son justas y verdaderas. Ayúdanos a vivir con humildad reconociendo que todo viene de ti, de tu poder y no del nuestro. Cuando nos humillas, es para corregirnos y no para mal. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

(Te exaltare mi Dios, mi Rey - HL #603)

Te exaltare mi Dios, mi Rey,
Y bendeciré tu nombre
Eternamente y para siempre,
Cada día te bendeciré.
Y alabare tu nombre
Eternamente y para siempre.
Grande es el señor,
Y digno de suprema alabanza;
Y su grandeza es inescrutable;
Cada día te bendeciré.

28 de noviembre

Texto: Daniel 5:1-30

El valor de la Palabra de Dios

“Entonces Daniel respondió y dijo delante del rey: Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros. Leeré la escritura al rey, y le daré la interpretación” (Daniel 5:17).

Daniel se enfrenta al rey Belsasar, quien le ofrece recompensa material a cambio de la interpretación de la escritura en la pared. La respuesta de Daniel fue clara y contundente: *“Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otros,”* es decir: La Palabra de Dios no se compra ni se vende, no se negocia. Hoy en día vemos cómo se manifiesta la corrupción en el corazón humano, hay momentos en que el hombre busca manipular la Sagrada Escritura para su propio beneficio. A veces hay una tendencia que nos lleva a valorar más lo material que lo espiritual, y convertimos lo santo en mercancía.

La Palabra de Dios es un don gratuito. Cristo es la Palabra hecha carne, entregado a nosotros sin precio y sin condición. Cristo pagó el precio de nuestra salvación con su sangre preciosa derramada en la cruz, que se ofrece gratuita y libremente para la salvación. El mensajero fiel no se deja seducir por honores ni riquezas, porque sabe que la Palabra de Dios tiene un precio incalculable. Que Dios nos ayude a ser mensajeros que lleven esa Palabra con pureza, confiando en que Dios mismo la respalda.

Gracias, Señor, porque tu Palabra es un regalo que no se compra ni se vende. Ayúdanos a ser fieles mensajeros. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Padre, tu Palabra es - HL #838, estr.1,2)

Padre tu Palabra es mi delicia solaz;
Guía siempre aquí mis pies, y a mi pecho traiga paz.
Tu Palabra ¡Oh, Señor!, luz y faro celestial,
Que continuo resplandor norte y guía es del mortal.

29 de noviembre

Texto: Isaías 1:1-28

La invitación de Dios a venir

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

Hoy comienza la temporada de Adviento. Es un tiempo de espera, de preparación y de arrepentimiento. Nos preparamos para celebrar la venida de nuestro Señor Jesucristo por primera vez a nuestro mundo. En este pasaje, Dios nos invita a acercarnos a Él, no con nuestros propios méritos, sino con la certeza de que su gracia nos transforma. Este pasaje nos confronta con la realidad de nuestro pecado. El profeta Isaías lo describe como una mancha profunda de culpa, como el granate y el carmesí; esos son colores intensos que no se borran fácilmente. Esto refleja que no podemos borrar nuestros pecados por nosotros mismos y que nuestra condición pecaminosa nos separa de Dios.

La Buena Noticia de Dios es: Él nos invita a recordar que, en Cristo, esa mancha es borrada, y somos revestidos de su pureza. El Adviento nos recuerda que la venida del salvador es la respuesta definitiva a esta invitación; Jesús es quien cambia lo rojo en blanco y quien trae reconciliación y esperanza. Así pues, el primer domingo de Adviento nos invita a iniciar el camino de preparación con humildad y esperanza, reconociendo nuestra necesidad y recibiendo la promesa de perdón y restauración.

Gracias, Padre celestial, por tu invitación amorosa a acercarnos a ti en este tiempo de Adviento. Gracias por tu Palabra que nos llena de esperanza. Danos un corazón que esté dispuesto a recibir al Salvador con humildad. Te lo pedimos en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén.

(Venid humildemente – HL #383, estr. 1)

Venid humildemente,
¡Su adviento Contemplad!
Jesús omnipotente
Vendrá con majestad.
Nos viene a salvar;
Es vida y luz del mundo:
en su amor profundo,
nos viene a visitar.

30 de noviembre

Texto: Isaías 2:1-21

Caminemos bajo la luz de Cristo

“Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová” (Isaías 2:5).

Vivimos en un mundo lleno de sombras, confusión y pecado. Isaías invita al pueblo de Dios a dejar las tinieblas y caminar bajo la luz del Señor. Somos confrontados con la realidad de nuestras tinieblas, pues muchas veces preferimos seguir nuestros propios caminos, apartados de la luz de Dios. La luz de Dios actúa como un foco que expone la realidad del corazón. *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Jn 3:19).* El texto dice que los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas. El término utilizado, *“amaron más las tinieblas”*, implica una elección afectiva y activa; el pecado no es solo un error intelectual, sino un *“amor poderoso”* que domina la voluntad humana para mantener el control sobre su propia vida sin la interferencia de Dios. La realidad es que, por nosotros mismos, no podemos salir de la oscuridad del pecado.

Solo a través del nuevo nacimiento se puede cambiar ese gusto de las tinieblas por el deseo de caminar a la luz de Dios. En el Bautismo somos regenerados y salvados. Dice la Escritura: *“nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit 3:5).* Finalmente, la vida del cristiano no es estática, sino un caminar constante en comunión con Cristo, guiados por la luz que nunca se apaga; como afirma el Apóstol Juan, *“La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (Jn 1:5).*

Gracias, Dios, porque nos llamaste a salir de las tinieblas a tu luz admirable. Gracias por tu Hijo, la luz que brilla en medio de las tinieblas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Caminemos en la luz de Dios - HL #752)

Caminemos a la luz de Dios
Caminemos a la luz de Dios
Caminemos a la luz de Dios
Caminemos a la luz de Dios
Caminemos, todos, caminemos,
¡oh! Caminemos a la luz de Dios.
Caminemos todos, caminemos
¡oh! Caminemos a la luz de Dios.

DICIEMBRE
El texto bíblico y la meditación

1 de diciembre

Texto: Isaías 5:1-25

Cosecha verdadera

“La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres” (Isaías 5:2).

La viña produjo uvas silvestres, amargas e inútiles. Esto representa la infidelidad de Israel y su falta contra los mandamientos divinos, a pesar de todas las bendiciones y la protección de Dios. El Adviento es un tiempo de espera y preparación para la venida de Jesús. La pregunta que surge es: ¿Qué frutos estamos produciendo en nuestras vidas y que el Señor encuentra en nosotros?

El Evangelista San Juan retoma la imagen de la vid en el capítulo 15, porque allí se cumple la promesa misericordiosa profetizada en Isaías 6 y 11. En estos pasajes, aun después de que el viñedo, Israel, fue desolado, Dios en su amor y misericordia, nos dejó un pequeño tronco, del cual hizo brotar un descendiente del Rey David: Cristo. Esta promesa de que Dios restauraría su viñedo se cumple con y en Él, que vino a nosotros para perdonar estos pecados y permanecer como la vid verdadera que, al plantarnos en el viñedo del Señor, nos hace producir uvas dulces, producto de su dulce Evangelio, por voluntad de Dios. Israel experimentó la gracia de Dios con su fe en esa promesa y halló misericordia en Dios. Ahora nosotros vivimos en la espera y la preparación, bebiendo de la misma gracia de Dios en la vid que es Cristo, quien nos cuida como su amado viñedo, con su Evangelio proclamado y en el Bautismo y la Santa Cena.

Amado Señor, gracias por tus cuidados paternos, que, a pesar de nosotros, nos amas y nos ofreces tu misericordia en tu Hijo Jesucristo. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel! - HL #371, estr.4)

¡Oh, ven Tú, Vara de Isaí!
Redime al pueblo infeliz
Del poderío infernal, y dale vida celestial
Alégrate, ¡Oh, Israel!
Vendrá, ya viene Emanuel.

2 de diciembre

Texto: Isaías 6:1-7:9

La semilla santa está en el tronco

“¿Hasta cuándo, Señor? Y respondió él: Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra. Y si quedare aún en ella la décima parte, esta volverá a ser destruida; pero como el roble y la encina, que al ser cortados aún queda el tronco, así será el tronco, la simiente santa” (Isaías 6:11b-13).

“¿Hasta cuándo, Señor?” Esta es una pregunta a propósito del Adviento, mientras el pueblo de Dios espera. La pregunta de Isaías espera la respuesta misericordiosa de Dios. Las últimas sentencias de Dios están llenas de consecuencias debido a su pueblo infiel. Pero Isaías pregunta sabiendo quién es este *Santo, santo, santo*. Isaías sabe que habrá un fin a este problema. Él sabe que Dios salvará y redimirá. Él lo sabe porque sabe quién es su Dios y cómo es, pues es fiel a su pacto. El pacto de Dios se encuentra en *“el tronco, la simiente santa”*. ¡El Mesías, Jesús, vendrá!

Él realmente vino, encarnándose en la Virgen María. Lo hizo para morir y darnos perdón de pecados, vida eterna y salvación, a fin de que no recibamos la condenación por nuestros pecados. Él realmente murió y resucitó y ascendió a la diestra del Padre, pero sigue viniendo a nosotros. Así como los serafines tomaron una brasa del altar y tocaron los labios de Isaías, así lo hace hoy con nosotros en el Bautismo y pone en nuestra boca el pan y el vino, que son el verdadero cuerpo y sangre de Cristo. Y así como los labios de Isaías quedaron preparados para el mensaje santo, así Dios llama a pastores a predicar a Cristo, la *simiente santa*, y también te da este mensaje para compartirlo con quienes te rodean. ¿Hasta cuándo, Señor? La respuesta permanece en el mensaje del Evangelio del perdón de los pecados.

Gracias, Señor, por tu gran misericordia al nacer y reposar en el tronco del pesebre y al morir en el tronco de la cruz. Gracias por morar en tu Iglesia como la Vid Verdadera y por mantenernos como troncos vivos, dando tu fruto. En el nombre de Jesús. Amén.

(Ven, Jesús muy esperado - HL #382, estr.2)

Naces para bien de todos; Aunque niño, eres Dios;
Naces para hacernos tuyos; ¡Oh, Jesús, ven pronto hoy!
Con tu Espíritu divino reina en todo corazón,
Y tu gracia nos conduzca a tu trono de esplendor.

3 de diciembre

Texto: Isaías 7:10-8:8

Emanuel

“Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14).

Emanuel, literalmente “*Dios con nosotros*”. Nombre que refleja tanto la salvación como el juicio. La Biblia nos muestra que, en el Antiguo Testamento, Dios visitó a su pueblo de diferentes maneras. Estas manifestaciones visibles de su presencia son conocidas como *teofanías*. Algunos ejemplos que podemos mencionar son: cuando se aparece a Abraham en la persona de Melquisedec (Gn 14); cuando aparece a Moisés en una zarza ardiendo (Ex 3); la columna de nube la columna de fuego que guía al pueblo de Israel (Ex 13). También habitó en el tabernáculo, en el templo y en el arca del Pacto. Todos estos momentos nos revelan la necesidad de un Salvador y la misericordia de Dios.

Dios jamás ha abandonado a la humanidad caída en la condenación por su pecado, aunque no lo merecemos. Desde la caída, en Génesis 3:15, nos consuela diciéndonos que la simiente o descendiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente, que es Satanás. El Nuevo Testamento nos muestra el cumplimiento de la promesa de la presencia plena de Dios en la encarnación del Hijo de Dios. Pues Dios dispuso que su Hijo naciera de la Virgen María por obra de su Espíritu Santo. Dios encarnado es ciertamente “Dios con nosotros”. Él permanece en el Servicio Divino allí donde es predicado genuinamente, donde hay perdón de pecados, donde alguien es bautizado y donde la Iglesia recibe su cuerpo y sangre en la Santa Cena.

Gracias, Señor, por estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, como nos prometiste personalmente desde el día de nuestro bautismo. Te ruego que no me aparte jamás de ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel! - HL #371, estr.1)

¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel!
Libra al cautivo Israel
Que sufre desterrado aquí,
y espera al Hijo de David

4 de diciembre

Texto: Isaías 8:9 – 9:7

Un Niño nos es nacido

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isaías 9:6).

El profeta Isaías había profetizado que la Virgen concebiría y daría a luz un hijo: *Emanuel*, que significa: *“Dios con nosotros”* (Is 7:14). Ese hijo es el mismo niño sobre el cual profetiza en este pasaje. ¿Quién es este niño? Nada menos que Dios mismo, lleno de gracia, consuelo, perdón, alegría y paz. Todo esto es lo que Dios nos da a través de Su Hijo, Jesucristo.

Dios ha cumplido su promesa en el niño de Belén, quien se encarnó misericordiosamente, asumiendo nuestra naturaleza por medio de la Virgen María. De esta manera rescató nuestra carne, es decir, nuestra naturaleza culpable de pecado y condenada a la muerte. Como Padre Eterno, por gracia nos ofrece y da perdón de pecados, vida eterna y salvación. Cristo es el Príncipe de Paz, pues nos ha reconciliado –a ti y a mí– con nuestro Creador y Señor. Cuando resucitó de la muerte, el primer anuncio que da a sus discípulos en aquel aposento, donde se encontraban temerosos de los romanos y de los judíos después de la muerte de su Señor, es el de su paz: *“La paz sea con ustedes”* (Jn 20:21). Este mensaje significa que el “Príncipe de Paz” ha logrado la paz entre Dios santo y nosotros los pecadores. Eso equivale a decir: tus pecados están perdonados. El reino de este príncipe no es de este mundo. Su perdón nos hace sus súbditos bajo su reino de gracia; mientras vivimos en este mundo esperamos la permanencia eterna con Él.

Gracias, Padre celestial, porque no solo engendraste a tu Hijo desde la eternidad, sino que también permitiste que se encarnara y naciera como hombre por amor a nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(Alzaos, ¡oh, puertas!, y entrará - HL #372, estr.3)

Dichosa la nación será
Do reine el Príncipe de paz;
¡Bendito el corazón y hogar
En quien este Rey consiga entrar!
Es sol de esplendorosa luz
que alumbra al mundo y trae salud:
Cantémosle loor Al fiel Consolador.

5 de diciembre

Texto: Isaías 9:8-10:11

Las “visitas” de Dios (Yahweh)

“Pero el pueblo no se convirtió al que lo castigaba, ni buscó a Jehová de los ejércitos. Y Jehová cortará de Israel cabeza y cola, rama y caña en un mismo día” (Isaías 9:13-14).

Las “visitas” de Dios (Yahweh) expuestas en las Escrituras, consisten en la presencia activa, compasiva y salvífica de Dios entre su pueblo. Éstas también incluyen “*días de visitación*”, en los que Dios interviene para confrontar el pecado y llamar al arrepentimiento, o para juzgar a quienes persisten en la impiedad. Dios te dice en su Ley, en Éxodo 20, que él es “... *tu Dios, fuerte, celoso, que visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen*”. Con la misma mano con la que ha escrito su Ley, castigará a su pueblo perverso, que persiste en su camino de maldad. Dios cumple este castigo mediante una nación que, a la vez, no hacía sino satisfacer su propia arrogancia y ambición; pero Dios deja en claro que solo es un instrumento en su mano.

Aunque la ley de Dios no justifica a nadie, Dios la ha dado y la utiliza en nuestras vidas. Es útil y necesaria para restringir nuestras maldades y, a la vez, para mostrarnos nuestros pecados. En particular, el castigo que ésta produce, la herida que deja tantas veces, tiene el propósito de que la gracia de Dios acceda a nuestras vidas. La visita de Dios a nuestras vidas, hecha realidad en Cristo, encuentra su culminación en la Cruz. Allí, aunque vemos el castigo por nuestros pecados en sus sufrimientos, también contemplamos el propósito de su venida en Navidad: salvarnos y darnos perdón, vida eterna y salvación.

Gracias, Señor, por confrontar nuestro pecado y actuar en nuestras vidas con tu gracia, perdón y amor. En el nombre de Jesús. Amén.

(¿Cómo he de recibirte? – HL #380, estr.8)

Él viene para juicio
De Dios en comunión;
Del bueno es beneficio
Del malo, maldición.
¡Oh, ven, Jesús, en gloria,
Ven a llevarnos ya
Del cielo a la alegría
Que nunca cesará!

6 de diciembre

Texto: Isaías 10:12-27a, 33-34

Adviento es una vida de arrepentimiento

“Por tanto el Señor, Jehová de los ejércitos, dice así: Pueblo mío, morador de Sion, no temas de Asiria. Con vara te herirá, y contra ti alzaré su palo, a la manera de Egipto; más de aquí a muy poco tiempo se acabará mi furor y mi enojo, para destrucción de ellos” (Isaías 10:24-25).

La voluntad de Dios no siempre es recibida con agrado, aun de parte de nosotros, su pueblo, su Iglesia. Pero su voluntad siempre proviene de su amor perfecto. Este amor de Dios lo vemos con más claridad en épocas de severa reprensión y disciplina. Dios castiga a quienes tercamente rechazan su misericordia y se niegan a obedecer sus mandamientos. Todos estos castigos son varas de Dios, pues el juicio de Dios comienza por su casa.

Dios nos ama como sus verdaderos hijos y nos ve a través del sacrificio de su Hijo, Jesucristo. Al igual que usó a Asiria para cumplir su voluntad respecto de su pueblo, también usó a Herodes y a los judíos para llevar a cabo su voluntad salvadora por medio del sacrificio expiatorio de Cristo. Dios también se nos revela a través de la cruz de Cristo, y así su amor es más claro para nosotros. Su desagradable disciplina no hace sino unirnos al sacrificio de Cristo y podemos vivir su cruz con fe. Dios siempre nos concede arrepentirnos para apaciguar su furor y su enojo, no por nuestros méritos o sufrimientos, sino a causa de los sufrimientos de Cristo. Derrama sobre nosotros su perdón en su Evangelio predicado, en las aguas del Bautismo y en su cuerpo y sangre en el Sacramento del Altar. Esta es la vida cristiana: vivir el Adviento desde nuestra cuna hasta nuestra sepultura, aguardando en fe la venida de Cristo, tanto en el Servicio Divino como en nuestra vida diaria, bajo su cruz.

Sálvanos, Señor, de los pecados que se aferran firmemente a nuestra vida. Lleva a cabo tu propósito en nuestras vidas, y concédenos humildad y confianza en tu misericordia. En el nombre de Jesús. Amén

(¡Oh, preparad hermanos! – HL #381, estr.3)

Al corazón humilde Dios siempre ensalzaré
En tanto que el soberbio Al fin perecerá.
El limpio corazón, Que a Dios feliz escucha,
Y en prepararse lucha, De Dios es bendición.

7 de diciembre

Texto: Isaías 11:1-12:6

Prometió venir, vino y vendrá de nuevo

“Y diréis en aquel día: Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra. Regocíjate y canta, oh moradora de Sion; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel” (Isaías 12:4-6).

Dios caminaba y conversaba con sus primeras criaturas, Adán y Eva, en el jardín del Edén, pero ellos se apartaron de Él por codicia. También caminó entre el pueblo de Israel, como una nube y una columna de fuego, la piedra de Horeb, el tabernáculo, el templo; pero ellos también dieron la espalda a Dios por su propia voluntad y necesidad. También en las promesas de su venida Él estaba presente, pero no todos oyeron a sus profetas, sino solo un pequeño remanente. El Adviento del pueblo del Antiguo Testamento llega a su cumplimiento en la encarnación del Hijo de Dios. El pueblo de Dios se regocija con esa promesa de su venida, porque el *“Santo de Israel”* está verdaderamente presente en medio de su pueblo, a pesar del pueblo.

El Servicio Divino es el Adviento o venida de Cristo que hoy vivimos como su pueblo. Aunque esperamos que Cristo venga por su Iglesia de manera definitiva y nos preparamos para ello, esto solo es posible cuando Él viene a nosotros hoy, en la proclamación del Evangelio, en el Bautismo, en la Santa Cena y en la Absolución. Hoy es ese día en el que podemos cantar salmos a su nombre porque ha hecho cosas grandes, y esta historia real es proclamada en la cruz del Santo de Israel. ¡Canta, oh moradora de Sión, mientras esperas!

Gracias, Señor, por poner un cántico en nuestra boca cada vez que vienes a nosotros. Gracias, porque eso se debe a tu perdón y misericordia, que nos preparan para tu regreso por nosotros para morar contigo en la Sión eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Adviento del Señor! – HL #384, estr.1)

¡Adviento del Señor!
¡Velad en oración!
Cantando juntos en su honor
En santa comunión.

8 de diciembre

Texto: Isaías 14:1-23

Todavía nos escogerá

“Porque Jehová tendrá piedad de Jacob, y todavía escogerá a Israel, y lo hará reposar en su tierra; y a ellos se unirán extranjeros, y se juntarán a la familia de Jacob. Y los tomarán los pueblos, y los traerán a su lugar; y la casa de Israel los poseerá por siervos y criadas en la tierra de Jehová; y cautivarán a los que los cautivaron, y señorearán sobre los que los oprimieron” (Isaías 14:1-2).

Génesis 32 nos narra que Dios le da un nuevo nombre a Jacob, hijo de Isaac y Rebeca. Nombre que significa *“el que sostiene el talón”*. Dios le da el nombre de Israel, que significa *“Dios lucha”*. Esto tiene mucho significado en esta etapa del pueblo de Israel, que por su propia culpa es esclavizado por los babilonios; pero Dios *“piedad de Jacob... todavía escogerá a Israel”*. Ahora escoge a su pueblo y nuevamente le cambia el nombre, de cautivos a señores.

Es solo por la piedad de Dios, sin merecimiento de nuestra parte, que una y otra vez nos restituye del terreno de pecado en el que caemos frecuentemente, dominados por el mundo, nuestra propia carne y el diablo. Dios nos mira y nos escoge como lo hizo con Israel, no porque se haya complacido en alguna virtud que haya en nosotros, sino por su amorosa *“piedad”* divina. En las aguas del Bautismo Dios nos *“escogió”* como sus hijos. Del mismo modo que cambió el nombre de Jacob por *Israel*, elevándolo a la dignidad de príncipe de Dios por prevalecer en la fe dada por Dios mismo, el Hijo de Dios recibió el nombre de Jesús, que significa Salvador. Por medio de Él también cambia nuestra identidad: de cautivos por el pecado pasamos a ser libres, de pecadores a perdonados, de hijos de Adán a hijos de Dios. Además de eso, nos sostiene y prepara en la esperanza, para que vivamos nuestra vida de Adviento en la tierra como su Israel celestial, señoreando sobre los que nos oprimen, con la seguridad de que Cristo ha vencido y ha triunfado sobre ellos por nosotros. Amén.

Bondadoso Señor, míranos con compasión y reintégranos a ti cuando nos extraviarnos. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel! - HL #371, estr.1)

¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel!
Libra al cautivo Israel
Que sufre desterrado aquí,
y espera al Hijo de David

9 de diciembre

Texto: Isaías 24:1 -13

Aún podemos cantar

“Se perdió el vino, enfermó la vid, gimieron todos los que eran alegres de corazón. Cesó el regocijo de los panderos, se acabó el estruendo de los que se alegran, cesó la alegría del arpa. No beberán vino con cantar; la sidra les será amarga a los que la bebieren” (Isaías 24:7-9).

Dios le da al profeta Isaías una visión completa del pasado, de su presente y del futuro final. ¡Qué extraordinaria revelación! Al hablar del pecado de toda la humanidad, echa una mirada al pasado, cuando entró el pecado en el mundo y Dios dictó sentencia al hombre, culpable de que la tierra *“se contaminó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, quebrantaron el pacto sempiterno”*. Ni siquiera la tierra quedó excluida de la devastación que vendrá, junto con todos sus habitantes. Pero, en vista de una tierra molida por el pecado, Cristo viene al mundo a ser *“molido por nuestros pecados... por su llaga fuimos nosotros curados”* (Is 53:5).

En Adviento meditamos también sobre un evento llamado “escatología inaugurada”. “Escatología” significa *“final”*, se refiere a los últimos días y el fin de los tiempos, mientras que “inaugurada” se refiere al cumplimiento profético de la encarnación del Hijo de Dios. Esto significa para nosotros que la era de la condena y la muerte, iniciada por Adán, ha sido invadida por la era de la salvación establecida por el Hijo de Dios, Jesucristo. Dios mantiene “el cantar y el vino” a los que en Él esperan. Durante el Servicio Divino, la escatología inaugurada está entre nosotros ahora, aunque todavía esperamos el regreso de Cristo para juzgar a los vivos y a los muertos. La escatología declara que el fin *“último”* de la existencia cristiana es vivir en la tierra con Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, y, al final, vivir con Él por la eternidad.

Gracias, Señor, por obrar en nosotros el alabarte y ensalzarte, por medio de tu Hijo Jesucristo, quien nos ha salvado de un final terrible sin Ti. Amén.

(¡Adviento del Señor! – HL #384, estr.4)

Cual Juez, Él volverá
En nubes al final
A sus ovejas llevará
Al reino celestial.

10 de diciembre

Texto: Isaías 24:14-25:12

Banquete con Dios

“Y Jehová de los ejércitos hará en este monte a todos los pueblos banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados. Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho” (Isaías 25:6-8).

Dios da una profecía a Isaías sobre un banquete en el monte Sión (v. 23). Al inicio de las Escrituras, Éxodo 24 registra un evento como este, pero en el monte Sinaí. Al final de las Escrituras, Apocalipsis 19 registra el banquete de las bodas del Cordero. Cristo, durante su ministerio, predicaba parábolas y compartía comidas mientras enseñaba sobre su reino. Todos estos banquetes giran en órbita alrededor de la cruz, donde la muerte no pudo devorar al Hijo de Dios, sino que Cristo destruyó a la muerte. La palabra hebrea original en este pasaje se traduce como “devorar, tragar y sumergir”. Es el banquete del monte Calvario. Así Dios ha cumplido su promesa.

Las Escrituras nos revelan que el propósito de los banquetes en los que Dios se encuentra con su pueblo, es manifestar su presencia misericordiosa. Allí su reino viene a nosotros y participamos de su comunión, en un ambiente de acogida, comunión y paz. Cristo viene a su Iglesia para servir este banquete. Él está realmente entre nosotros mientras comemos su cuerpo y sangre bajo el vino refinado y purificado. Su reino viene a nosotros y comulgamos entre *“ángeles y arcángeles y con toda la corte celestial”* (HL pág. 322). Como su pueblo, debemos mantenernos en preparación y espera continua de su regreso glorioso, bajo su presencia en el Servicio Divino, donde Él viene y nos sirve su *“banquete de manjares suculentos”* de perdón, vida y salvación. Nuestra comunión con Cristo y con nuestro prójimo está en el centro del reino de Dios, tal y como está presente ahora en la vida de la iglesia.

“...el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy...” En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Adviento del Señor! – HL #384, estr.1)

¡Adviento del Señor!
¡Velad en oración!
Cantando juntos en su honor
En santa comunión.

11 de diciembre

Texto: Isaías 26:1-19

Shalom, shalom

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado” (Isaías 26:3).

“Shalom, Shalom”, es la palabra original de nuestro texto hebreo, que se traduce literalmente “paz, paz”, expresando la “completa paz” que solo Dios nos puede dar. Esta paz puede expresarse mediante este mismo término como bienestar, plenitud, felicidad y armonía. Por lo tanto, solo es posible mediante la fe en Cristo. El mundo, nuestra propia mente o nuestros sentimientos no pueden darnos esta paz. Lo que tenemos en Cristo, es decir, su gracia, no es un regalo ordinario. La verdadera fe dada por Dios se reconoce a sí misma en nuestros corazones cuando es confesada y obrada. Cuando perseveramos en la fe en Cristo, tenemos su “completa paz”.

Cristo es el Príncipe de paz que viene a su pueblo, que lo espera con necesidad de consuelo. Al nacer en Belén, el Príncipe de Paz trae del cielo a la tierra esta paz, poniendo fin a la enemistad entre nosotros, pobres y miserables pecadores, y Dios santo, mediante su sacrificio en la cruz y su victoriosa resurrección. Al volver al Padre, este Príncipe de Paz, Cristo, nos promete: “*La paz os dejo, mi paz os doy*” (Jn 14:27a). Por eso, cada que su Evangelio de perdón se predica en el Servicio Divino, el pastor nos dice, con las palabras del apóstol Pablo: “*la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*” (Flp 4:7). Esto es efectivo de inmediato en tu vida cuando vives cada día bajo el perdón de Cristo, en quien “*por la fe, tenemos paz para con Dios*” (Ro 5:1).

Señor Jesús, concédenos la perfecta paz que sólo se obtiene por la fe en Ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(Venid humildemente – HL #383, estr.2)

¡Oh, preparad sendero, Al Príncipe de paz!
El sólo es el camino, La gracia y la verdad.
¡La senda enderezad! Contritos corazones,
Todas sus transgresiones, Al Rey de gracia dad.

12 de diciembre

Texto: Isaías 26:20 – 27:13

Escondite seguro

“Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella, y no encubrirá ya más a sus muertos” (Isaías 26:20-21).

Dios protege a su *amado pueblo* de su propia ira. Dos palabras resaltan en nuestro texto de hoy: *“aposento”* y *“escóndete”*. Dios le pide a su pueblo que entre en su *“escondite”*. El término *aposento* de nuestro texto puede traducirse como un lugar muy íntimo o privado, incluso una habitación nupcial. Esto tiene mucho significado en las Escrituras, puesto que es una imagen protectora para aquel a quien llama *“pueblo mío”*. *“Jehová sale de su lugar”*, y lo hace para juzgar con justicia la maldad y descubrir a sus muertos de todas partes donde se hallan.

Esta es una imagen en la que podemos consolarnos en este tiempo de Adviento, tiempo de preparación y espera. Dios realmente vino, tal como lo había prometido. Salió de su lugar para venir al pesebre y a la cruz por nosotros; pero también *sale* de la tumba victoriosamente tras haber derrotado a la muerte, el pecado y el diablo. Cristo ha venido para hacer *aposento* entre nosotros (Juan 1). Él es nuestro *“aposento y nuestro escondite seguro”*. El apóstol Pablo dice en Colosenses 3 que nuestra *“vida está escondida con Cristo en Dios”*. En nuestro bautismo, Él mismo se ha escondido para hacer pasar su *indignación* por nuestros pecados en Cristo. Él nos hace pasar hasta *“su lugar”* durante el Servicio Divino, para sentarnos en su mesa, y nos llama *pueblo mío*. Estamos *escondidos* en Cristo. A la vez, somos libres para vivir este Adviento ahora, aquí, mientras vivimos, o desde el sepulcro, seguros de que Él ha vencido a la muerte y en aquel día *“no encubrirá ya más a sus muertos”*, sino que nos resucitará también con todos los santos.

Gracias, Señor, por escondernos en tu Hijo Jesucristo cuando nos bautizaste. Permite que esperemos tu regreso escondidos siempre en Él. En el nombre de Jesús. Amén.

(Redentor precioso, ven – HL #375, estr. 2)

Entra en este corazón,
Santo Rey y Dios sublime;
Haz en mí tu habitación,
Todo mal en mí suprime:
¡Qué tesoro encuentro en Ti
Cuando moras Tú en mí!

13 de diciembre

Texto: Isaías 28:14-29

Refugio verdadero

“...porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos esconderemos” (Isaías 28:15b).

Hoy por hoy, cuando la humanidad se halla en medio de sufrimientos, dificultades, peligros, etc., tiende a buscar por naturaleza soluciones, pero no a Dios. Así describe el profeta Isaías a los habitantes de Jerusalén. Él expresa la acción necia del pueblo como el que ha *“puesto [su] refugio en la mentira y en la falsedad”*. ¿Te ha pasado? No es malo buscar soluciones. El pecado comienza cuando nuestros propios medios o recursos humanos se vuelven una base para evitar a Dios en nuestras vidas. En Mateo 7, Jesús compara este obrar con el de un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena.

Dios ya ha puesto en medio de nosotros un *fundamento* seguro en Cristo. Él es nuestro *refugio* verdadero. El apóstol Pedro, en su primera carta en el capítulo dos, nos revela que Cristo *“es la piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa”*. La fe en Cristo es el único fundamento sólido, la única *“piedra... de cimiento estable”* para poner nuestra esperanza. Refugiarnos en Cristo, la principal piedra del ángulo, y el perdón que Él nos da, es una obra dada por Dios. Una obra con la que Dios nos llama *prudentes*, pues procede de la fe en Cristo. Él es la *roca* espiritual, de la cual, en tiempos de Moisés, *“todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Corintios 10)*. Refúgiate siempre en Él mientras esperas aquel día en que vuelva a su Iglesia.

Padre celestial, abre nuestros oídos para que siempre prestemos atención a tu Palabra, a fin de hallar refugio en tu consejo admirable. En el nombre de Jesús. Amén.

(Roca de la eternidad – HL #899, estr.1)

Roca de la eternidad,
Fuiste abierta para mí;
Sé mi escondedero fiel;
Solo encuentro paz en Ti:
Eres puro manantial
En el cual lavado fui.

14 de diciembre

Texto: Isaías 29:1-14

Corazón y boca

“Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (Isaías 29:13).

Dios llama “mandamientos de hombres” a aquellos que Él no nos ha dado ni ordenado para hacer su voluntad. Las falsas doctrinas provocan una falsa relación entre Dios y su pueblo. Dios denuncia que todo esto convierte la adoración de su pueblo en repeticiones estructuradas y llenas de halagos hacia Él, solo de boca y de labios, que buscan aprobación en sus acciones, pero que esconden sus pecados. Solo la Palabra de Dios purifica, crea la fe y acerca sinceramente el corazón del hombre a Dios.

Cristo usa la boca y los labios de los pastores para acercar el corazón arrepentido del pecador a Él y perdonar sus pecados. Debemos vivir cada día diciendo con el salmista David: *“Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Sal 51:10). Este es el Salmo con el que respondemos en cada Servicio Divino después de recibir la Palabra predicada, porque solo Dios puede acercar nuestros corazones a Él. Él pone en nuestros labios su cuerpo y sangre en la Santa Cena, para perdonarnos y fortalecer la fe que nos ha dado. Esta es la vida de la Iglesia que practica el verdadero Adviento: el verdadero Servicio Divino es aquel que nos mantiene centrados en Cristo, mientras esperamos cada semana su presencia real entre nosotros, a la espera de su regreso definitivo por aquellos que le confiesan verdaderamente.

Mantén, Señor, nuestros corazones siempre cerca de ti en la verdadera fe, para poder confesarte, agradecerte y orar a ti, según tu santa voluntad. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, preparad hermanos! – HL #381, estr.4)

Mi corazón prepara,
Señor Jesús, aquí
En este Adviento para
Fiel recibirte a Ti.
De aquel pesebre ven
Y mora dentro de mí.
Hoy canto ¡Hosanna! por Ti,
Mi Salvador, mi Bien.

15 de diciembre

Texto: Isaías 29:15-30:14

Esperanza

¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi espíritu, añadiendo pecado a pecado! Que se apartan para descender a Egipto, y no han preguntado de mi boca; para fortalecerse con la fuerza de Faraón, y poner su esperanza en la sombra de Egipto” (Isaías 30:1-2).

“¡Ay!”, es una exclamación con la que los profetas suelen comenzar pronunciamientos de juicio, el cual puede presentar una serie de condenaciones. Y esto es lo que hace Isaías, ya que el pueblo de Israel estaba viviendo como si no tuviera Dios, en idolatría. Ellos se estaban aliando con Egipto, de cuya esclavitud Dios los había liberado; estaban poniendo su esperanza en sus antiguos esclavistas en busca de protección. Incrédulamente se rehúsan a confiar en las promesas de Dios de protegerlos contra los asirios. Estos planes en contra del Espíritu Santo no hacen sino amontonar pecado sobre pecado.

En esta época de Adviento empleamos la palabra “*esperanza*”, que en nuestro texto aparece en la dirección equivocada, hacia los egipcios. En el texto original hebreo, la palabra es “*chasah*”, que también se traduce como “*confiar, esperar, seguridad, amparo y fortaleza*”. Todos estos términos, empleados en las Escrituras en dirección correcta, están puestos en el único y verdadero Dios. Podemos venir a Él en “*confianza, esperando en la seguridad*” del perdón por estos pecados, pues Él nos ha regalado *amparo* en Cristo y nos refugia en su Bautismo. El salterio de esta temporada nos invita a poner nuestra esperanza en Dios. Con el Salmo 2 ponemos nuestra esperanza en el Señor, diciendo “*Bienaventurados ellos que en Él confían*”; con el Salmo 5, declaramos “*alégrense todos los que en ti confían...porque tú los defiendes*”; con el Salmo 7, oramos: “*Jehová Dios mío, en ti he confiado; Sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame*”; con el Salmo 18, damos gracias: “*En cuanto a Dios, perfecto es su camino, Y acrisolada la Palabra de Jehová; escudo es a todos los que en él esperan*”.

Padre misericordioso, te rogamos que por tu gracia y por causa de Cristo, nos enseñes a buscar, correctamente y siempre, amparo en ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(¿Cómo he de recibirte? - HL #380, estr.6)

Jamás olvides esto, ¡Oh, atribulada Grey!
En quien el mal funesto Procurará el poder:
¡No temas, fiel manada,
Que a vuestra puerta está
Aquel que a toda angustia
Consuelo brindará!

16 de diciembre

Texto: Isaías 30:15-26

Esperando a Cristo con nuestros ojos y oídos

“Bien que os dará el Señor pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda” (Isaías 30:20-21).

La palabra “maestros”, que utiliza aquí el profeta Isaías es, a la vez, raíz de la palabra “ley” o “enseñanza” en el idioma hebreo. Por lo tanto, lo que el profeta dice al pueblo descarriado en la idolatría es que debe considerar la adversidad como una herramienta de enseñanza del Señor. Dios le dice a su pueblo que estos maestros “*nunca le serán quitados y que sus ojos verán a sus maestros*”. Dios deja ver su ira y su amor con más claridad en épocas de severa reprensión y disciplina.

Es en medio de la adversidad cuando aprendemos a andar por el camino del Señor y a oír su Palabra. El Salmo 119 dice: “*Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino*”. Dios nos guía como nuestro Padre. A pesar de nosotros, Él es misericordioso y nos lo ha hecho ver al enviar a su Hijo para perdonarnos de nuestros pecados. Lo hace para brindarnos alivio del quebrantamiento ocasionado por nuestro pecado. Dios mismo nos lleva de vuelta al “camino” de la vida, que es Cristo, y es Él mismo quien nos mantiene allí con su Palabra. Esto no es muy claro para nosotros, ya que por naturaleza no comprendemos por qué somos disciplinados. Dios mantiene su ley en nuestras vidas como si estuviese parado a nuestras “*espaldas*”, guiándonos por el camino que le agrada. Solo por medio de la fe en Cristo podemos ver y oír con claridad la voluntad de Dios.

Padre misericordioso, abre nuestros ojos para que te veamos con claridad, y nuestros oídos para recibir de ti la fe, para esperarte con serena confianza. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel! – HL #371, estr.2)

¡Oh, gran Sabiduría, ven!
De boca de Dios, sumo bien,
Enséñanos por donde ir
Por fe te hemos de seguir.

17 de diciembre

Texto: Isaías 30:27-31:9

El León, el Ave y el Cordero

“Porque Jehová me dijo a mí de esta manera: Como el león y el cachorro de león ruge sobre la presa, y si se reúne cuadrilla de pastores contra él, no lo espantarán sus voces, ni se acobardará por el tropel de ellos; así Jehová de los ejércitos descenderá a pelear sobre el monte de Sión, y sobre su collado. Como las aves que vuelan, así amparará Jehová de los ejércitos a Jerusalén, amparando, librando, preservando y salvando” (Isaías 31:4-5).

¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda! (31:1). La palabra aquí nos confronta con aquellas ocasiones en las que también corremos ante nuestros propios “Egiptos”, en los que buscamos seguridad. Es como Israel volviendo a la esclavitud por voluntad propia. Así es cuando nosotros, en medio de nuestras necesidades, buscamos ayuda en el mundo en lugar de buscar a Dios, al ver a Dios como incapaz de hacer bien las cosas o de no hacerlas según nuestros términos. Dios rescató a Israel de la esclavitud de Egipto, como nos rescata a nosotros del mundo, de nuestra propia naturaleza y del diablo.

Dios prometió salvar a su pueblo *“amparando, librando, preservando y salvando”*. Es muy consolador que la palabra que se usa aquí para *“preservando”* pertenece a la misma raíz que la utilizada para *“Pascua”*. Dios estableció a Israel como una nación a partir de la Pascua (Is 43). La sangre del cordero fue la señal de la protección de Dios para su pueblo. Dios protege a su pueblo como el León de Judá, como Rey victorioso con fuerza divina; nos protege como un ave que cuida su nido. Pero, sobre todas las cosas, Él nos protege en Cristo, el Cordero de la Pascua. Es la sangre de Cristo, el Cordero, que, en virtud de nuestro Bautismo, nos rodea y nos señala que estamos bajo la protección del Señor. Esta temporada, al igual que la Pascua preparó a los israelitas para abandonar definitivamente Egipto, nos prepara también a nosotros para abandonar este mundo temporal, nuestra carne y el diablo, definitivamente. Pero especialmente, la Pascua es la victoria definitiva de Cristo, que nos perdona, nos libera de la muerte y nos da la certeza de la vida eterna.

Sálvanos, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Una voz invita y llama – HL #387, estr.3)

El Cordero se avecina
A su pueblo a perdonar;
Y su pueblo penitente
Se apresura a suplicar.

18 de diciembre

Texto: Isaías 32:1-20

El Rey Justo

“He aquí que para justicia reinará un rey” (Isaías 32:1a).

Este Rey es Dios mismo, que tiene por pueblo escogido a Israel. Pero este pueblo no escucha ni está atento a la voluntad de Dios. Son como sordos que no oyen la Palabra de Dios, sino que solo escuchan sus propios razonamientos y están atentos a sus propios deseos. Por ello no ponen su obediencia y fidelidad en Dios, sino en el mundo, a pesar de que Dios les ofrece dependencia, seguridad y justicia.

El profeta Isaías había revelado en el capítulo 9 el nacimiento y reinado del príncipe de paz y Su establecimiento de un reino justo. En el capítulo 11, se describe la perfecta justicia de este Rey. A pesar de la rebeldía de Israel, Dios mantiene su promesa en Cristo diciendo: *“Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa” (v.2)*. Este es el reino en el que Cristo-Rey ha abierto nuestros ojos y oídos mediante el Bautismo y la Palabra, para verle como el único Rey de reyes. Él hace esto por nosotros como un rey misericordioso. La cruz de Cristo ha sido nuestro refugio contra el viento de la ira de Dios y nos protege de las acometidas del pecado y de la muerte. Prestemos pues oídos a nuestro Rey y sus decretos justos y eternos, mientras seguimos enfrentando las tentaciones de este mundo bajo su protección y esperamos vivir en su reino eternamente.

Mantén, Señor, nuestros corazones alejados de la iniquidad y el error, y nuestros oídos ocupados con las cosas justas que tú deseas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Una voz invita y llama – HL #387, estr. 1)

Una voz invita y llama:
“¡Pronto llega Cristo el Rey!
No camine en las tinieblas,
De tal Redentor, la grey”.

19 de diciembre

Texto: Isaías 33:1-24

Brazo misericordioso

“Oh Jehová, ten misericordia de nosotros, a ti hemos esperado; tú, brazo de ellos en la mañana, sé también nuestra salvación en tiempo de la tribulación” (Isaías 33:2).

Isaías habla en un momento de terror para Israel, en medio de algo que parece una conversación entre Dios y su pueblo. El imperio asirio, una fuerza imparable y cruel, está a las puertas. Los muros de Jerusalén parecen de papel y el corazón del pueblo se deshace como cera. Su refugio, Egipto, es inútil; la vara de Dios, Asiria, ha cumplido su propósito, pero recibirá su castigo. Israel aprende que solo Dios es todopoderoso y justo y exclama: *“Ten misericordia de nosotros”*.

¿Te ha pasado? ¿Enfermedades que no ceden? ¿Deudas que asfixian? ¿O quizá el peso de tu propia rebelión contra Dios? Quizá intentamos ser nuestro propio "brazo" de apoyo, confiando en nuestra disciplina o moralidad, pero fallamos. Sin la misericordia de Dios, estamos perdidos en la tribulación del pecado y la muerte. Cristo es el perfecto brazo fuerte del Señor, que se desnudó de su gloria para hacerse débil, en nuestras tribulaciones, en un pesebre y hasta la muerte de cruz. Él es nuestra salvación en tiempo de la aflicción, no se queda observarnos desde lejos mientras actuamos. Él se ha encarnado para asumir nuestra humanidad por amor. Hoy sigue viniendo en cada Servicio Divino a su Iglesia, que también clama: *“¡Señor, ten piedad de nosotros!”*. Y su misericordia se renueva cada mañana (Lamentaciones 3), mientras esperamos su venida definitiva, a buscar a aquellos que en Él esperamos.

Misericordioso Señor, mientras esperamos el día en que nuestros ojos te contemplan plenamente, haznos recordar, en todo momento de dificultad, que tú destruiste la muerte. En el nombre de Jesús. Amén.

(Consolad a mi pueblo, dice el Señor – HL #374, estr.1)

“Consolad a mi pueblo”, dice el Señor,
hablad al corazón del hombre.
Gritad que mi amor ha vencido,
preparad el camino, que viene tu Redentor.

20 de diciembre

Texto: Isaías 34:1-2, 8-35:10

Redimidos = gozo perpetuo

“Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido” (Isaías 35:10).

Isaías habla a un pueblo que conoce el exilio, el cansancio y el peso del pecado. Al igual que ellos, nosotros a menudo nos encontramos en un *"desierto"* espiritual. La *"tristeza y el gemido"* no son solo emociones, sino la vida de un mundo caído y perdido, y no podemos comprar nuestro regreso a Sion; nuestras propias obras no pueden borrar el gemido de una conciencia culpable.

La palabra clave en nuestro texto es *"redimidos"*. La redención no es algo que logramos, sino algo que recibimos. Cristo es nuestro Redentor, que, a precio de su santa y preciosa sangre, ha pagado y nos ha rescatado de la esclavitud del pecado. Él tomó nuestra tristeza y gemido en la cruz para darnos su gozo. El gozo en Él es eterno, en la seguridad de la vida eterna ganada por Cristo. Él es el Camino que nos lleva de vuelta a la Sion celestial. Mientras caminamos hacia allá, vivamos bajo la Palabra de Dios que es *"lámpara a mis pies y lumbrera a mi camino"* (Sal 119). Sirvamos a nuestro prójimo con ese *"gozo y alegría"* que nos han sido devueltos, sabiendo que, aunque seguirá habiendo *tristeza y gemidos* en esta vida, nuestra vida está refugiada en la Palabra, en el Bautismo y en la Santa Cena. Allí el Espíritu Santo nos fortalece en la espera de la venida de Cristo por nosotros.

¡Oh, Señor!, toma nuestra débil mano y guíanos por tus caminos de consuelo hacia la Sion eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel! - HL #371, estr. 1)

¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emanuel!
Libra al cautivo Israel
Que sufre desterrado aquí,
y espera al Hijo de David

21 de diciembre

Texto: Isaías 40:1-17

Verdadero consuelo, en Cristo

“Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios” (Isaías 40:1).

La Palabra de Dios nos muestra que estamos realmente en un *“desierto”* espiritual, incapaces de salvarnos, mereciendo solo el castigo por nuestra desobediencia. No podemos consolarnos a nosotros mismos desde nuestro optimismo humano, ni hallaremos el camino de vuelta desde nuestra perdición. Solo Dios puede darnos verdadero y eterno consuelo. Pero debemos reconocerlo. Solo aquellos que están afligidos tienen consuelo y están preparados para tenerlo, porque el consuelo no significa nada a menos que haya algo por lo cual consolar.

El mensaje de consuelo es que el fin de la espera del mundo por el Mesías ha llegado y se ha cumplido en Cristo. El consuelo es que en Él nuestra iniquidad ha sido perdonada y que hemos recibido gracia sobreabundante. Él es *“el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre si no es por Él”*. Cristo ha hecho camino a nuestros corazones mediante la predicación, el Santo Bautismo y la Santa Cena, en las que nos entrega el perdón de nuestros pecados. Es viviendo en este camino que el resto de nuestra vida es verdaderamente enderezado; los obstáculos son quitados y estamos listos para la llegada de Cristo por nosotros. Sin embargo, inevitablemente habrá bloqueos constantes en la ruta espiritual de nuestra vida. Como la hierba que se seca, nuestra propia justicia es efímera y marchita; *“más la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”*.

Gracias, Señor, por Cristo, nuestro verdadero consuelo. Permite que siempre hallemos el camino correcto a Él en medio de nuestros pecados, sufrimientos y dudas; para estar listos cuando vuelva por nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(Consolad a mi pueblo, dice el Señor – HL #374, estr. 1)

“Consolad a mi pueblo”, dice el Señor,
hablad al corazón del hombre.
Gritad que mi amor ha vencido,
preparad el camino, que viene tu Redentor.

22 de diciembre

Texto: Isaías 40:18 – 41:10

Nuevas fuerzas

“Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Isaías 40:30-31).

Incluso los jóvenes, el símbolo máximo del vigor humano, se cansan y caen. Esta es la realidad de nuestra condición humana por el pecado. Por naturaleza, intentamos vivir la vida cristiana como si fuera una carrera de resistencia, esforzándonos para ser mejores, disciplinándonos o forzando nuestra voluntad. Confiar en nuestras propias fuerzas para ser "buen cristiano" solo nos hará terminar derrotados y, en breve, Dios nos hará saber que nuestras capacidades no son lo que le agrada, sino nuestra dependencia de Él.

Nuestro texto nos dice que *“los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas”*. En el idioma original hebreo, *“nuevas fuerzas”* se puede traducir también como *“intercambiar”* o *“reemplazar”*. Esto nos enseña que las nuevas fuerzas no significan que Dios nos dé un “empujoncito motivacional” para levantarnos, o que obtenemos nuevas fuerzas espirituales desde nuestro interior. Cristo ha intercambiado nuestra debilidad por su fuerza en la cruz. Él se dejó *fatigar* y *cansar* hasta la muerte, para que nosotros, siendo unidos a Él por la fe en el Bautismo, recibiéramos su vida inagotable. Es en nuestra debilidad que Dios nos da fuerza en Cristo, en su Palabra, Santa Cena y Bautismo, cada vez que perdona nuestros pecados. Como Iglesia, vivimos en Adviento diario siendo *“los que esperan a Jehová”*, recibiendo *“nuevas fuerzas”* en el Servicio Divino y así Dios nos llama a *correr* su camino en fe para con Dios y amando al prójimo, sirviendo en la iglesia y siendo fieles en nuestra vocación diaria.

Todopoderoso Dios, renueva en mí la fortaleza de la fe, para que renueve mi servicio a tus propósitos eternos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Consolad a mi pueblo, dice el Señor – HL #374, estr.3)

“Consolad a mi pueblo”, dice el Señor,
mostradle el camino de libertad.

Yo os daré fuertes alas, transformaré tus pisadas,
en sendas de eternidad.

23 de diciembre

Texto: Isaías 42:1-25

¡Canta!

“Cantad a Jehová un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra; los que descendéis al mar, y cuanto hay en él, las costas y los moradores de ellas” (Isaías 42:10).

Por naturaleza, nuestras cuerdas vocales espirituales están rotas por el pecado, pero Dios hace todas las cosas nuevas por amor. ¿Por qué este cántico es *"nuevo"*? No porque sea una melodía de moda, sino porque brota de un nuevo pacto. El *"siervo del Señor"* es Cristo. Él es quien no quebró la caña cascada y quien cargó con nuestro silencio en la cruz para darnos su voz. Que Cristo ha vencido y nuestro pecado ha sido perdonado es la partitura que Dios pone en nuestros labios. Cantamos porque Él cantó primero.

El mandato de *"cantad"* nos enseña cómo debemos vivir como cristianos. En el Servicio Divino, nos deleitamos en el orden del culto y en los himnos que confiesen la verdad. En nuestra vocación, el *"nuevo cántico"* se escucha cuando servimos a nuestro prójimo, por fe y en amor, en nuestro hogar y en nuestra comunidad. La Palabra de Dios nos muestra el camino para ofrecer nuestra vida como un sacrificio vivo de alabanza. El Espíritu Santo afina nuestros corazones para que toda nuestra vida sea un *"nuevo cántico"* que testifica que Cristo es Rey hasta los confines de la tierra. La invitación a cantar es de alcance mundial. Abre tu boca para confesar y entonar el evangelio de perdón de Cristo Jesús, que viene a nosotros en el Servicio Divino hoy, y que volverá definitivamente por su Iglesia.

Amado Salvador, abre nuestros labios, para que declaremos tus alabanzas a los que están cerca y también a los que están lejos. Guíame en el camino de la paz. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Adviento del Señor! – HL #384, estr.1)

¡Adviento del Señor!
¡Velad en oración!
Cantando juntos en su honor
En santa comunión.

24 de diciembre

Texto: Isaías 43:1-24

La “cosa nueva” en el pesebre

“He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad. Las fieras del campo me honrarán, los chacales y los pollos del avestruz; porque daré aguas en el desierto, ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido. Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará” (Isaías 43:19-21).

Mientras el pueblo de Israel vive el exilio en Babilonia y recuerda el éxodo de Egipto, por medio del cual Dios lo liberó de manera prodigiosa, el Señor le dice: *“He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz”*. Esa “cosa nueva” no responde a las expectativas humanas, sino que consiste en la encarnación del Hijo de Dios. En el niño de Belén, Dios abre un camino donde no lo había. Jesús es el camino de regreso del exilio al Padre para toda la humanidad.

Esta Nochebuena, la Iglesia hace vigilia meditando en cómo Dios hizo dar “a luz” a Jesús, quien abre “camino en el desierto” de nuestra vida y “ríos” para engendrar vidas “nuevas”. Su nacimiento es la garantía de que Dios no nos ha abandonado, que cumple sus promesas como lo esperamos en Adviento; que vino en carne, en la persona de Jesús; que continúa viniendo en cada Servicio Divino, pero que también volverá por nosotros, su Iglesia. Dios dice de nosotros: *“Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará”*. Como redimidos por la sangre de ese niño que crecería para ir a la cruz, ahora tenemos una nueva identidad en Él. Nuestra vida ya no se trata de nosotros, sino de reflejar la gloria de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz. Somos llamados a ser instrumentos de su amor en un mundo que anhela el amor, el perdón y la misericordia verdaderos, dones que solo pueden proceder de Cristo. Por eso podemos darle gloria a Dios con el coro angelical: *“Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz” (HL, página 173).*

¡Oh, Dios!, permite que recibamos a tu Hijo, nuestro Redentor, con regocijo, para que, cuando venga a juzgarnos, podamos mirarlo con confianza. En el nombre del Niño Jesús. Amén.

(Venid, fieles todos – HL #395, estr.2)

En pobre pesebre yace Él reclinado,
Al hombre ofreciendo eternal salvación,
El Santo Mesías, el Verbo humanado.
Venid, adoremos a Cristo el Señor.

25 de diciembre

Texto: Isaías 43:25- 44:20

El primero y el postrero

“Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios” (Isaías 44:6).

Aquel que dice *“Yo soy el primero y el postrero”* se vuelve carne voluntariamente, por amor al mundo, para salvarnos. Hoy celebramos que nuestro *Redentor* es el Niño de Belén que ha venido a rescatarnos de la tiranía del pecado. En Navidad, es fácil adorar el consumo, la armonía familiar perfecta o nuestra propia piedad generosa, olvidando al único y verdadero Dios digno de adoración. Al igual que Israel, que ansiaba la felicidad, todas las personas, en todas partes, buscan constantemente la felicidad, la identidad, la seguridad y el significado de la vida. Nuestro texto de hoy nos confronta con la exclusividad de Dios: *“fuera de mí no hay Dios”*.

El mismo *“Jehová de los ejércitos”* es también nuestro Redentor. Aquel que *“formó a Israel desde el vientre”* se formó a sí mismo en el vientre de María para ser nuestro hermano. Jesús es el *“Primero y el Postrero”*, que cargó con nuestros pecados desde el principio hasta el fin. Por su nacimiento, muerte y resurrección, nuestros pecados son perdonados. Puesto que Él es el único Dios, el Espíritu Santo nos guía a deleitarnos en su Servicio Divino, rechazando los ídolos del mundo. Busquemos al único y verdadero Dios, guiados por el mensaje verdadero, como hicieron esa noche los humildes pastores. Él es el Dios-hombre, Jesús, que nos santifica por el poder de su Espíritu Santo. No hay ningún otro Dios. Pero Él se humilló por amor a nosotros, y del mismo modo nos guía a servir a los demás con humildad y sacrificio. Vivamos en confianza, en fe y confesando que Él es el *“Postrero”*, caminando sin temor hacia el futuro, sabiendo que el Rey que nació en Belén sostiene el final de nuestra historia.

Concédenos, ¡Oh, Dios!, confesarte como el único Dios verdadero, Creador, Redentor y Santificador. En el nombre de Jesús. Amén.

(Oíd un son en alta esfera – HL #399, estr.2)

El Señor de los señores,
El ungido celestial,
A salvar los pecadores
Vino al seno virginal.
¡Gloria al Verbo encarnado,
En humanidad velado!
¡Gloria al santo de Israel
Cuyo nombre es Emmanuel!
Canta la celeste voz:
“¡En los cielos gloria a Dios!”

26 de diciembre

Texto: Isaías 44:21– 45:13, 20-25

El Creador viene a su creación

“Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo” (Isaías 44:24).

En estos días de Navidad, contemplamos el misterio más grande: aquel que *"extendió solo los cielos"* ahora está envuelto en pañales en un humilde pesebre. La Palabra de Dios en Isaías nos recuerda que este Niño Redentor no es alguien extraño, sino que es nada menos que la voz creadora y que *“hemos sido creados por medio de Él y para Él”* (Col 1:16); pero que, desafortunadamente, lo vivimos olvidando. El mensaje navideño también es que, si Dios no hubiera descendido a rescatarnos, estaríamos perdidos en nuestra propia *"nada"*, pues no tenemos poder ni mérito para librarnos de la esclavitud del pecado y llamarnos su pueblo.

La Navidad es la promesa cumplida por la que Dios enfatiza que Él es el Redentor. Él va del pesebre a la cruz para pagar el precio de nuestros pecados. Su venida nos llena de consuelo porque el Dios que sostiene las galaxias y nos formó desde el vientre de nuestra madre, ahora nos ha reclamado como suyos en las aguas del Bautismo. Ahora podemos vivir como redimidos, confesando que es nuestro Creador, Redentor y el dador y sustentador de la fe. En el Hijo somos llamados hijos de Dios, creados para reflejar la santidad de Aquel que nos formó. Como árboles frutales plantados junto a corrientes de agua viva, recibimos continuamente el sustento que Él nos da a través de sus medios de gracia: el pan y el vino de la Santa Cena, y la Palabra proclamada por quienes Él ha llamado a anunciarla. Todo ello proviene de Cristo, la voz creadora sin la cual nada de lo que somos podría ser.

Creador todopoderoso, nos entregamos a tu cuidado todos los días de nuestra vida. Haz que se cumpla tu propósito en nuestras vidas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Creemos en un solo Dios – HL #670, estr. 2)

Creemos en Cristo Emmanuel,
Unigénito del Padre;
Cual nuestro sustituto fiel
Él nació de virgen madre.
Del Altísimo engendrado,
Por María a luz fue dado.
Ningún mal ha cometido,
Su cruz nos ha redimido.
Por su triunfal resurrección
Nos brinda eterna salvación.

27 de diciembre

Texto: Isaías 49:1-18

Estallido de consuelo

“Cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra; y prorrumpid en alabanzas, oh montes; porque Jehová ha consolado a su pueblo, y de sus pobres tendrá misericordia” (Isaías 49:13).

Cada año, en vísperas de Navidad, los cines relatan alguna historia en la cual la alegría de la Navidad queda empañada por diferentes aflicciones, las cuales son remediadas por cosas materiales como regalos, familia y triunfos, que devuelven la alegría. Quizá sea una parte de la realidad, pero lo material no es el verdadero remedio. Aunque esta es una temporada de luces y villancicos, cuando estas luces se apagan el remedio temporal se va y quedamos, otra vez, atrapados bajo el peso de nuestra propia incapacidad para ser suficientemente buenos y agradecidos. Si Dios nos juzgara según nuestras obras, el cielo no daría sus luces y guardaría silencio ante nuestra miseria.

Pero la Palabra de Dios irrumpe en medio de nuestro silencio de culpa y de conciencia. Porque la Navidad, la verdadera Navidad en Cristo, es el estallido de un consuelo largamente esperado. ¿Y por qué tanto ruido en los cielos y en la tierra? ¡Porque, a pesar de nosotros, el Señor ha querido visitarnos! Su venida es un consuelo de presencia y sacrificio. En Cristo, tenemos el verdadero regalo de Navidad: perdón gratuito de nuestros pecados. Él tomó nuestro lugar de *"pobreza"* para que nosotros recibiéramos Su riqueza. Dios no se olvidó de ti; grabó tu nombre en las palmas de las manos de Su Hijo cuando fueron traspasadas en la cruz por tu salvación. Hoy, en el pesebre, vemos el inicio de esa gran obra de misericordia. Nuestra respuesta es *"prorrumpir en alabanzas"* por fe. Como Iglesia, nosotros también debemos buscar reflejar esa misma compasión hacia el prójimo. Vivamos bajo la guía del Espíritu Santo, confiados en que nuestro Salvador está aquí.

Gracias, Señor, porque “Convertiste mi lamento en danza, para que te cante y te glorifique, y no me quede callado. ¡Señor mi Dios, siempre te daré gracias!” (Sal 30:11-12). En el nombre de Jesús. Amén.

(Oíd un son en alta esfera – HL #399, estr.1)

Oíd un son en alta esfera:
“¡En los cielos gloria a Dios,
Y al mortal paz en la tierra!”
Canta la celeste voz.
Con los cielos alabemos
Al eterno Rey; cantemos
A Jesús que es nuestro bien,
Con el coro de Belén.
Canta la celeste voz:
“¡En los cielos gloria a Dios!”

28 de diciembre

Texto: Isaías 49:22-26; 50:4-51:8, 12-16

Oye la voz de Su Siervo

“¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios” (Isaías 50:10).

La noche en que Jesús nació en Belén, un grupo de pastores de ovejas se encontraba en la vigilia en medio de la oscuridad de la noche, sin saber que unos ángeles saldrían a su encuentro para anunciar que el Salvador del mundo había nacido. Los ángeles iluminaron su oscuridad y pudieron escuchar un cántico angelical de paz. Tiempo después, unos sabios de Oriente también serían guiados por la luz de una estrella que los llevaría a adorar al Rey del mundo. ¿Cómo es que Dios salió a tu encuentro para iluminar tu vida con Su palabra de perdón, vida y salvación?

Isaías nos pregunta: *“¿Quién oye la voz de su siervo?”* Ese Siervo es el Niño de Belén, Emmanuel. Él es el único Siervo que, aunque era la luz del mundo, entró voluntariamente en la oscuridad más densa: la de nuestro pecado y de la muerte. En la cruz, Jesús clama en medio de lo que el mundo veía como un momento oscuro, pero que en realidad brilló y sigue brillando para sacarnos de la oscuridad del pecado. El Espíritu Santo es la lámpara en nuestros pies, que nos guía en la vida mientras caminamos oyendo la voz de aquel que no nos abandona, sino que ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo. ¿Y qué es oír la voz del siervo? Es priorizar la Palabra de Dios en el Servicio Divino por encima de nuestra voz interna y nuestros sentimientos; es caminar en arrepentimiento bajo la voz perdonadora de Cristo, que los Mandamientos guíen nuestros pasos como una lámpara en un camino de servicio al prójimo.

Bendito Dios, abre nuestros oídos para escuchar a tu siervo Jesucristo, manteniendo la luz de tu Palabra en medio de nuestra oscuridad en este mundo. En el nombre de Jesús. Amén.

(El Dios de paz, el Verbo eterno – HL #391, estr.1)

El Dios de paz, el Verbo eterno,
Quiso nacer en un portal.
Él es la luz, vida y camino,
Gracia y perdón trajo al mortal.

29 de diciembre

Texto: Isaías 51:17 – 52:12

Mensaje que baja del cielo

“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ‘¡Tu Dios reina!’!” (Isaías 52:7).

Nuestros pies, creados por Dios, caminaron hacia el árbol prohibido por codicia y fuimos condenados por pecar. Tuvimos que caminar fuera del paraíso y andar errantes por nuestra culpa. Con el pueblo de Israel, caminamos cautivos a Egipto y nuestros pies se cansaron de la esclavitud; pero Dios nos liberó y caminamos en medio del mar seco, bautizados en libertad. Dios nos guió por el desierto a la Tierra Prometida; pero por generaciones ingratas caminamos a falsos dioses y tuvimos que caminar al exilio, otra vez. Sí, la historia de nuestros padres es nuestra propia y constante historia; pero Dios es fiel a pesar de nosotros.

Isaías grita: *"¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz!"*. ¿Y quién es ese mensajero? Es el mismo Dios con pies de bebé, frágiles y envueltos en pañales, que caminarán hacia el Calvario para hacer la paz con nuestro Creador. El apóstol Pablo, al seguir el sentido de la verdad hebrea, lo pone en la carta a los Romanos: *"¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!"*, queriendo que se entienda que son los apóstoles, cuyos pies lavó el Señor, a fin de que estuviesen limpios y bellos para predicar. Hoy recibes esa paz en el Bautismo, en la Santa Cena, en la Predicación y Absolución. Allí Dios ha hecho hermosos nuestros pies y nos guía a ser esos *"centinelas"* que anuncian la paz en nuestros hogares, trabajos y comunidades. Como pueblo redimido, somos llamados a caminar apartándonos de lo inmundo. Que el Espíritu Santo mueva nuestros pies hoy y siempre a llevar estas *"alegres nuevas"* a un mundo que aún vive en oscuridad.

Guíanos siempre, ¡oh, Señor! Impide que nos alejemos de tu llamado. En el nombre de Jesús. Amén.

(Mensajero de la paz – HL #1035, estr. 10)

Quien recibe mi palabra,
Recibe a quien me envió.

Estribillo: *Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.
Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz.*

30 de diciembre

Texto: Isaías 52:13-54:10

Nuestra paz

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:4-6).

Quizá parezca extraño hablar de las *llagas* de Jesús en medio de la celebración navideña, estación que nos hace poner la vista, más bien, en un recién nacido recostado en un pesebre. Pero perder de vista las llagas de Jesús en Navidad sí sería perder el enfoque navideño. *“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lc 19:10). Isaías nos llama “ovejas descarriadas”, que nos apartamos de su camino para irnos por nuestro propio camino, y es verdad. Necesitamos al Buen Pastor (Jn 10:11).

Jesús ha venido a ser nuestro Cordero sustituto y nuestro Pastor a la vez. Él se hizo carne para poder morir y salvar a la humanidad descarriada del pecado; Él asumió nuestras llagas para darnos su salud. ¿Dónde recibimos nosotros el beneficio de esto? Lo recibimos en el Servicio Divino, en la predicación del Evangelio, el día de nuestro Bautismo, cada vez que comemos su cuerpo y bebemos su sangre en la Santa Cena y cada vez que confesamos y somos perdonados de nuestros pecados. El pesebre y la cruz están dentro del mismo “paquete” del evento de nuestra salvación, y por eso lo celebramos año tras año. Y ahora que somos ovejas rescatadas, curadas y encarriladas, vivamos vidas que reflejen esa sanidad espiritual. Ya no caminemos más descarriados, sino sigamos la voz del Buen Pastor, Jesús. Mantengámonos en su redil seguros en la fe; viviendo unidos en armonía con Él y con nuestro prójimo.

Gracias, Señor, porque inmerecidamente y por misericordia, cargaste nuestro castigo y llagas en tu Hijo, Jesús. Te rogamos que no apartes nunca de nosotros el consuelo conseguido y que tu guía sea siempre nuestro camino. En el nombre de Jesús. Amén.

(Junto al pesebre vil aquí – HL #397, estr. 2)

Naciste Tú, mi fiel Jesús,
Mucho antes que naciera.
Tu trono cambias por la cruz,
No sea que muriera.
Cuando aún no pude amarte yo,
Ya tu cariño me abrazó,
Jesús mi bien, mi anhelo.

31 de diciembre

Texto: Isaías 55:1-13

Caminos más altos para un año nuevo

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

Al finalizar el año, confesamos que nuestros "caminos" a menudo se desvían hacia el egoísmo, la ansiedad o la autosuficiencia. Que hemos juzgado a Dios por no cumplir nuestros deseos, olvidando que nuestra mente es limitada y está manchada por el pecado. Esta palabra nos recuerda que no somos tan sabios ni tan buenos como pensábamos.

Que los pensamientos de Dios sean "más altos" no es una amenaza, sino nuestra mayor esperanza. Mientras nosotros pensamos en juicio, Él piensa en misericordia. Su camino más alto no fue el de la gloria terrenal, sino el camino del Calvario. En la cruz, Cristo tomó nuestros caminos errados para darnos su justicia perfecta. La Palabra de Dios nos guía mientras terminamos un año en la espera del que viene. Al saber que somos redimidos, no andamos a ciegas. La voluntad de Dios, revelada en sus mandamientos, es ahora nuestra lámpara en el camino por delante, con fe en Dios y amor a nuestro prójimo. No busquemos caminar fuera de los pensamientos de Dios, sino que, como nuevas criaturas, pidamos a Dios que transforme nuestros pensamientos bajo su verdad. Entramos al nuevo año confiando no en nuestra resolución, sino en su Palabra que nunca vuelve vacía.

Soberanos Dios, te pedimos que tu Palabra continúe cumpliendo tus propósitos entre nosotros y en todo el mundo. Enséñanos a tenerla por santa y a oírla y aprenderla de buena gana. En el nombre de Jesús. Amén.

(Confía tu camino – HL #930, estr.3)

Su voluntad impera;
Todo en su mano está;
Su acción es gracia entera;
Radiante luz, su andar.
Jamás su brazo siente
Fatigas al actuar:
Así tú, fiel creyente,
Al fin podrás triunfar.